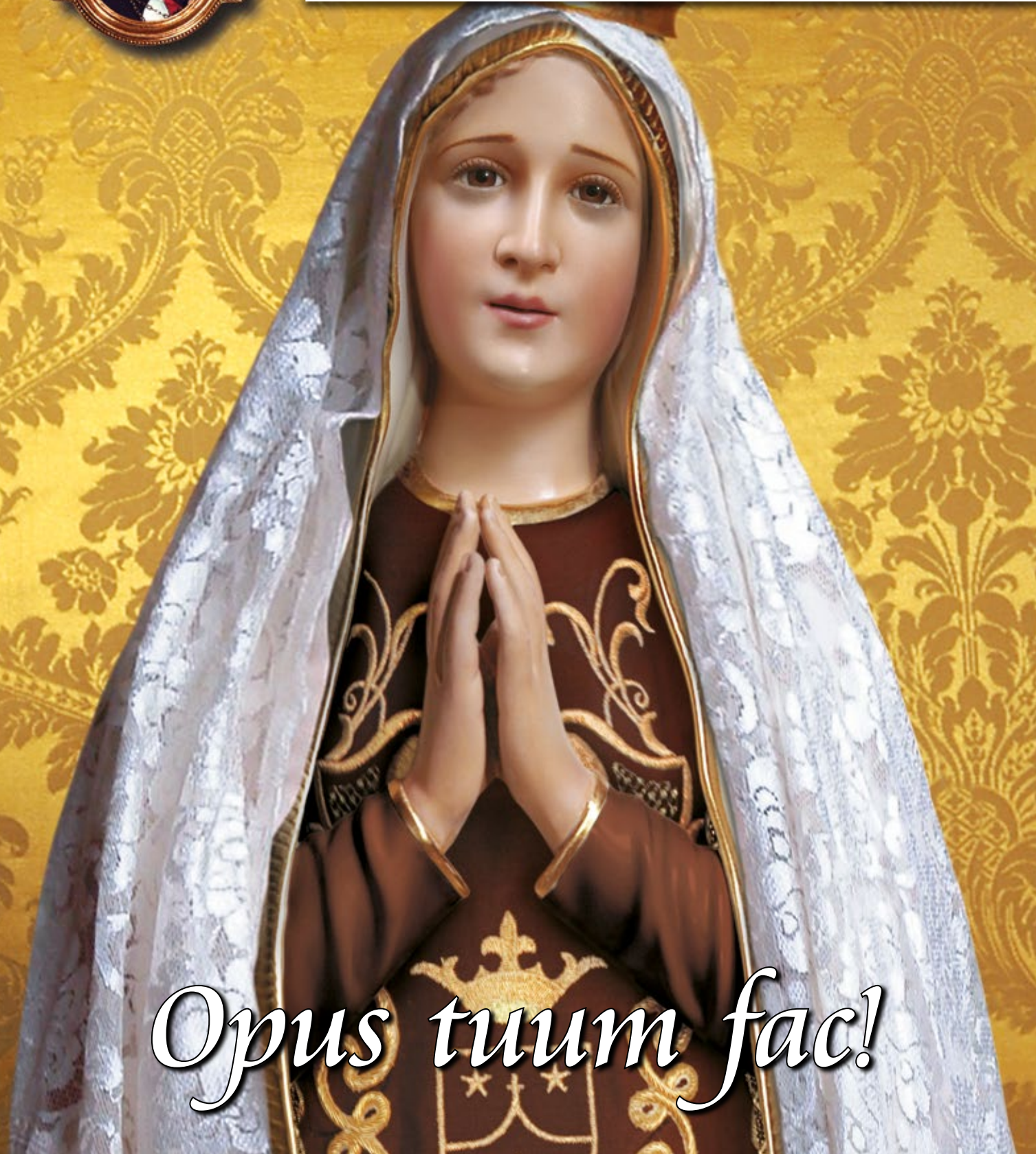




Dr. Plinio

Publicación Mensual Vol. III - Nº 27 Julio de 2020



Opus tuum fac!

Celo por el esplendor de la Liturgia



San Francisco Solano era muy celoso de la Sagrada Liturgia, y, por ese motivo, tenía un empeño enorme en que los frailes aprendiesen bien todas las rúbricas y el canto llano, para dar todo el esplendor posible a los Santos Misterios.

Sin embargo, cantaba canciones populares para agradecer al pueblo. Esos contrastes armónicos me maravillan: para agradecer al pueblo, canta canciones religiosas populares; pero es un espíritu elevadísimo que comprende la belleza superior de la Liturgia, con todo el pensamiento teológico, toda la piedad, todo lo sobrenatural que existe en ella, y también el arte litúrgico para el esplendor de la Liturgia.

San Francisco Solano era, por lo tanto, una de esas almas amplias, abiertas, capaces de entusiasmarse por los opuestos no contradictorios, sino extremos.

(Extraído de conferencia de 16/8/1974)

Sumario

Vol. III - No. 27 Julio de 2020



En la portada, imagen peregrina de Nuestra Señora de Fátima revestida del hábito del Carmen.

Foto: Samuel Moraes

Las materias extraídas de exposiciones verbales del Dr. Plinio — designadas como “conferencias” — son adaptadas al lenguaje escrito, sin revisión del autor

Dr. Plinio

Revista Mensual de Cultura Católica

Director:

Roberto Kasuo Takayanagi

Consejo Consultivo:

Antonio Rodrigues Ferreira
Carlos Augusto G. Picanço
Jorge Eduardo G. Koury

Redacción:

Traducida de la edición brasileña y editada en Colombia por PRODENAL con las debidas autorizaciones de la Editora Retornarei Ltda. de San Pablo - Brasil

* * * * *

PRODENAL

Carrera 13 No. 75-20 Apto. 203
Tel (57 1) 312 0585
Bogotá - Colombia
prodenal@gmail.com

Para obtener la versión digital de números anteriores, ir a:
<http://cabalerosdelavirgen.org/articulo/revista-dr-plinio>

Plinio Corrêa de Oliveira

San Pablo – Brasil
13/XII/1908 – † 3/X/1995
Pensador y escritor católico

EDITORIAL

- 4 *Fátima, profetismo y cambio de mentalidad*

PIEDAD PLINIANA

- 5 *Auxiliadora incluso de los más miserable*

DOÑA LUCILIA

- 6 *Gravedad, levedad y distinción*

DR. PLINIO COMENTA...

- 8 *Altivez y humildad*

SANTORAL

- 12 *Santos de Julio*

HAGIOGRAFÍA

- 14 *En defensa del Beato Gaspar de Bono*

LA SOCIEDAD ANALIZADA POR DR. PLINIO

- 19 *Libertad e igualdad, según la Doctrina Católica*

LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

- 27 *Punto de partida de la Civilización Cristiana*

ÚLTIMA PÁGINA

- 36 *Omnipotencia suplicante*



Fátima, profetismo y cambio de mentalidad

La devoción a Nuestra Señora de Fátima se desdobra en dos invocaciones: Nuestra Señora del Carmen y el Inmaculado Corazón de María. Así, en el conjunto de hechos en los cuales se enmarcan las apariciones de Fátima, la Santísima Virgen quiere ser venerada también por medio de esos dos títulos. ¿Qué relación tienen con el tema de Fátima?

Nuestra Señora del Carmen está relacionada con el Monte Carmelo y, por tanto, con el profeta Elías y con toda la familia de almas que, pasando por San Juan Bautista y llegando hasta San Luis María Grignon de Montfort, representan el profetismo dentro de la Iglesia. Esto constituye una invitación a que tengamos espíritu profético.

Otro es el significado de que Nuestra Señora se presente bajo el título de Inmaculado Corazón de María. El corazón simboliza la mentalidad. Esta devoción supone la renuncia a nuestra mentalidad revolucionaria para asumir la participación en la mentalidad del Inmaculado Corazón de María. Es decir, significa vencer el orgullo y la sensualidad que son las dos raíces de la Revolución. Sin duda la Virgen María brilló de un modo perfecto en todas las virtudes, pero son la humildad y la pureza aquellas que, a justo título, los predicadores realzan más. Esto equivale, por tanto, a asumir una mentalidad contrarrevolucionaria.

Hay, pues, un sentido profundo en la jaculatoria que acostumbramos rezar: “*Cor Sapiientiale et Immaculatum Mariæ, opus tuum fac*” – Oh Corazón Sapiencial e Inmaculado de María, realizad vuestra obra.

El Corazón Sapiencial de María es la mentalidad llena de sabiduría de la Madre de Dios, opuesta a la demencia revolucionaria. Se podría decir: “Corazón contrarrevolucionario de María.” *Opus tuum fac* significa que la mudanza completa de alma, para asumir la mentalidad de Nuestra Señora, depende de una iniciativa de Ella. Corresponde, entonces, pedir a la Reina de los corazones, que realice la obra específica de cambiar la mentalidad de los hombres.

Entonces, si queremos tener una devoción plenamente lógica, esclarecida y adecuada a Nuestra Señora de Fátima, debemos tener en vista esta reflexión, atentos al profetismo representado en la Reina del Carmen y, en cuanto a la advocación al Inmaculado y Sapiencial Corazón de María, considerarla como Aquella que trabaja los corazones para hacer que las personas adquieran la verdadera mentalidad que deberían tener.

La realeza de Nuestra Señora, un hecho indiscutible en todas las épocas de la Iglesia, se ha explicado cada vez más desde San Luis Grignon de Montfort, hasta llegar a aquel 13 de julio de 1917, cuando María anunció en Fátima: “Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará”. Es una victoria conquistada por la Virgen, es su talón que aplastará, una vez más, la cabeza de la serpiente, quebrará el dominio del demonio y, Ella como triunfadora, implantará su Reino. Por lo tanto, debemos confiar en que María ya determinó atender las súplicas de sus hijos contrarrevolucionarios y que, Soberana del universo, puede hacer que la Contra-Revolución conquiste, de golpe, un incontable número de almas. Nuestra Señora Reina habrá de expulsar de esta tierra a los revolucionarios impenitentes que no quieren escuchar su llamado, de manera que un día Ella pueda decir: “Por fin mi Corazón Inmaculado triunfó”.*

* Extractos de conferencias de 31/05/1965, 25/11/1974 y 31/05/1991



DECLARACIÓN: Conformándonos con los decretos del Sumo Pontífice Urbano VIII, del 13 de marzo de 1625 y del 5 de junio de 1631, declaramos no querer anticipar el juicio de la Santa Iglesia en el empleo de palabras o en la apreciación de los hechos edificantes publicados en esta revista. En nuestra intención, los títulos elogiosos no tienen otro sentido sino el ordinario, y en todo nos sometemos, con filial amor, a las decisiones de la Santa Iglesia.



Auxiliadora incluso de los más miserables

Madre mía, yo, sucumbiendo bajo el peso de la tentación, no anduve bien. Pequé. Temo habituarme al pecado y entorpecerme en él. Por otro lado, inmensa es mi voluntad de regenerarme. Sé que no merezco vuestra protección, pero, ya que sois la auxiliadora de todos los cristianos, no solamente de los buenos, sino incluso de los más miserables, os pido: venid y auxiliadme.

(Compuesta el 24/5/1965)



Gravedad, levedad y distinción

Desde sus tiempos de jovencita, Doña Lucilia mantenía una idea de sublimidad de la vida, que era vista en sus aspectos religiosos por dos lados: la Iglesia y la Civilización Cristiana. Ella quería vivir católicamente en el orden temporal, forzando a ese orden vivir en osmosis con la influencia de la Iglesia.

La fotografía de Doña Lucilia, tomada en París, retrata una característica señora de buena sociedad, de finales de la *Belle Époque*. La *Belle Époque* terminó con la Primera Guerra Mundial, que estalló un año o dos después de que mi madre volviera al Brasil.

Seriedad y espíritu de oración

Hay una diferencia enorme entre el porte, el peinado, el traje que ella usaba, propios de la *Belle Époque*, y lo que vino después con la americanización de la moda. En esta fotografía la moda todavía es intensamente europea; ese vestido debió haber sido encargado a algún costurero francés; y el estilo, el modo de estar ella sentada, son característicos de la *Belle Époque*, hasta rozando un poco con el romanticismo.

El vestido es distinguido, de valor elevado, pero sin ostentación de riqueza. En fin, es el orden temporal

sustentando y viviendo en sana armonía con la virtud católica.

Con una mirada muy firme, enteramente seria; de una seriedad poco común. La posición de la cabeza indica a una persona que está reflexionando con seriedad durante una solemnidad social, lo que en aquel tiempo era muy normal. Sin embargo, una vez pasada la Primera Guerra Mundial esa actitud quedaría ridícula; una persona no pensaría con esa seriedad ni estando sola, porque la época de la seriedad había terminado.

En esta fotografía trasparece un pensamiento profundo, de quien está haciendo oración, en el sentido propio de la palabra, que es *elevatio mentis in Deum*. No es apenas hacer súplicas, sino también considerar las cosas a la luz de la Religión Católica.

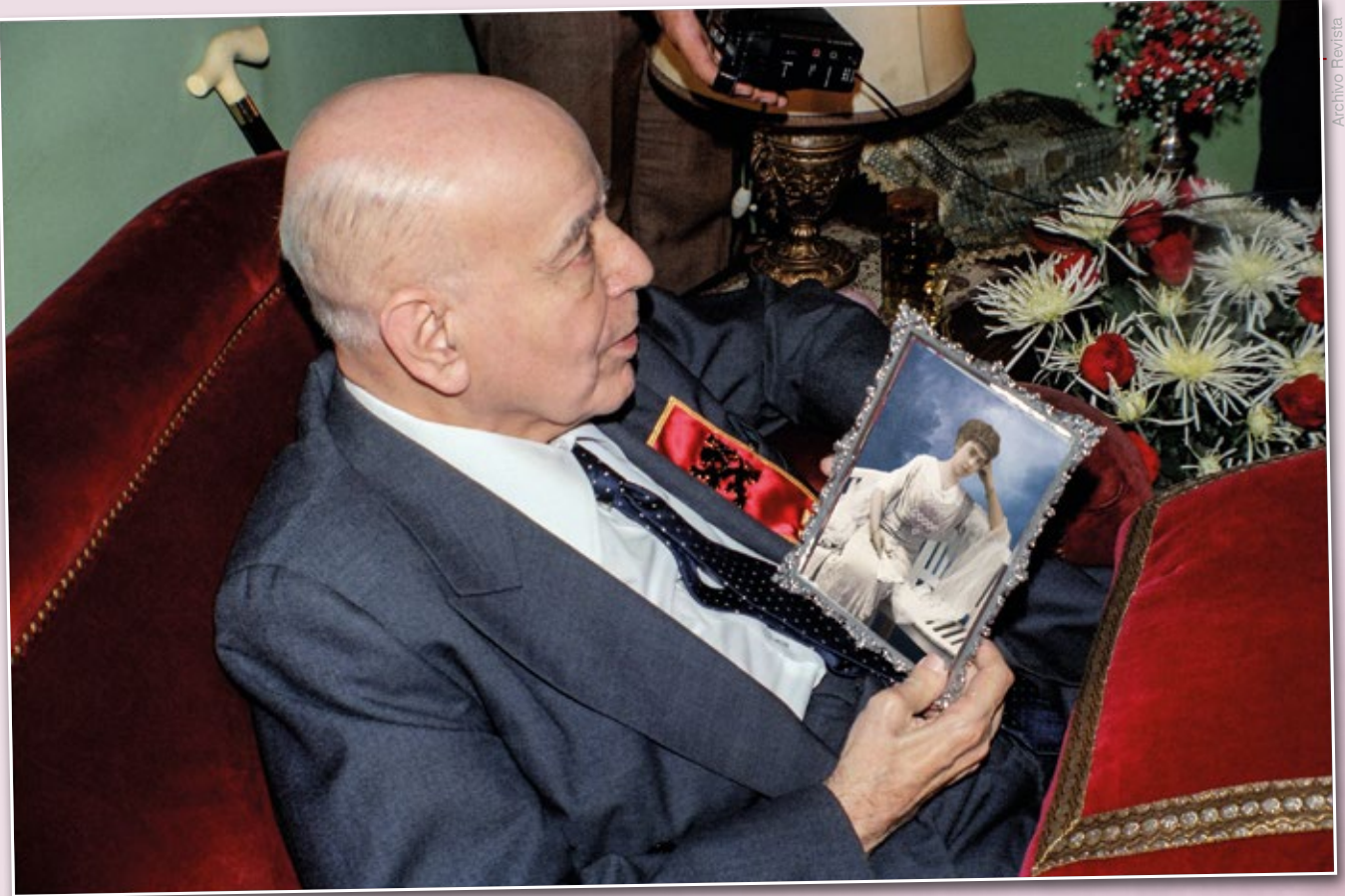
Se nota mucho en esta fotografía todo del espíritu de aquel tiempo, pero es el espíritu de una persona que pertenece enteramente al orden temporal. Mirando hacia ella no se conseguiría decir: “¡Qué magnífica

ca terciaria franciscana!” Porque no era una terciaria franciscana, sino una señora de sociedad participando de un acto social.

Vivir católicamente en el orden temporal

El sofá en que está sentada Doña Lucilia es un mueble que se usaba en las terrazas, jardines, etc. El fotógrafo la representa como si ella estuviera al aire libre, poniendo al fondo una mezcla entre tempestad y luz clara. Un recurso que no se usó más después de la guerra, porque esa combinación tiene cualquier cosa de grandioso, de trágico, de dramático, que explica totalmente la personalidad de ella.

A propósito, se nota que el fotógrafo era muy bueno, porque su cabeza está presentada en función de esas nubes, exactamente como debía estar. Eso debe ser un tablero móvil, puesto exactamente ahí para que pareciera natural, pero en realidad era artísticamente intencional.



Se supone con todo esto, una señora profundamente católica sumergida en la esfera temporal, integrante de esa esfera, que no piensa en hacer otra cosa sino vivir católicamente en el orden temporal, forzando a ese orden a que se encuentre en osmosis con la influencia de la Iglesia.

Terminada la guerra, todo fue cambiando, comenzando por el corte de cabello de las mujeres *à la garçonne*. Después, el uso de joyas ostensivamente falsas: perlas del tamaño de bolas, que ni el Sha de Persia tenía, y que ni siquiera existen en el orden natural. Cosas de ese género. Los vestidos con la falda hasta la altura de la rodilla. Y, sobre todo, después de la Primera Guerra Mundial una persona nunca se sentaría en el sofá con esa dignidad; ni tomaría ese aire pensativo y, al mismo tiempo, de *grande dame*, con tanta levedad. Gravedad, levedad y distinción son cualidades muy difíciles de conjugar. Entretanto, están unidas en ella.

Idea de sublimidad de la vida

Podríamos imaginar un accidente donde alguien muriera cerca, y ella portando esos trajes; inmediatamente se arrodillaría, haría algún homenaje al cadáver, sacaría su rosario y comenzaría a rezar. Quedaría perfectamente bien.

Cuando hablé de la profundidad de espíritu que mamá manifiesta ahí, en realidad yo quería referirme a su notable elevación de alma. De ahí que ella no era la candidata propia para una conversación burlesca. Pero, después de la *Belle Époque* la conversación era sólo de bromas. Y si no fuera broma, no era social.

En mamá había un misterio por donde se notaba que su alma era mucho mayor que su entorno. Y que, por tanto, ella vivía una vida de alma mucho mayor que la vida social retratada en esa fotografía. Sin duda, ella vivía por completo en su medio, que la asumió también enteramente, pero que le sobraba mucho.

Y lo que sobraba era ese tal misterio, o sea, una cierta idea de sublimidad de la vida que ella conservaba desde tiempos de jovencita, cuando la existencia se veía en sus aspectos religiosos; por así decir, por dos lados: la Iglesia y la Civilización Cristiana.

La Civilización Cristiana del tiempo de su juventud era muy distinta a la de la época de esta fotografía. Ahí ya decayó mucho. Cuando ella era muchacha, mocetona, era considerado bonito que la persona fuese muy religiosa, católica, seria, recta. Era el modo de ver la vida en su tiempo. Las madres de familia, muy dedicadas; las hijas tenían locura por la madre; los hijos eran el bastón en la vejez de los padres. Por eso mamá respetaba mucho, a la manera católica, las personas de su familia a quienes atribuía esas virtudes. Aunque no siempre tuvieran dichas virtudes, ella creía que las tenían, por causa de su gusto en admirar. ❖

(Extraído de conferencia de 20/4/1991)



Altivez y humildad

En la Edad Media esplendorosa, los caballeros eran ufanos y valientes en la lucha, pero corderos de obediencia, mostrando la yuxtaposición de las virtudes opuestas del verdadero católico, llevadas hasta el extremo.

Me hicieron llegar una nota referente a Órdenes militares de Caballería, más específicamente de la Orden Militar de Santa Brígida. El texto es tomado de la “Historia de las Órdenes Monásticas Religiosas y Militares, y de las Congregaciones Seculares”, del sacerdote franciscano Pierre Hélyot¹.

Dos modos de convertirse en héroe

Así nos dice la referida obra:

Leemos en las revelaciones, cuando se trata del origen de la Orden de Santa Brígida, que Jesucristo le hizo conocer cuánto le eran agradables los votos de

Castillo de Guimaraes, Portugal

Gabriel K.

aquellos que, bajo el nombre de caballeros, se comprometían a dar su propia vida por la suya, y para defender y mantener por la fuerza de las armas los intereses de la Iglesia y de la Religión Católica.

Pero el mismo Salvador se quejó también a la Santa de que esos mismos caballeros se habían apartado de Él, despreciaban sus palabras, hacían poco caso de los males que Él había soportado en la Pasión y, conducidos por el espíritu de soberbia, amaban más morir en la guerra con la única idea de obtener la gloria y atraer hacia sí la estima de los hombres, que vivir en la obediencia de sus Mandamientos.

Ese fue siempre el defecto de la Caballería. Un individuo puede ser héroe por dos razones. Una de ellas es una grande razón: ser héroe por amor de Dios. La otra corresponde a una de las mayores pruebas de la necedad humana que pueda haber: por vanidad o presunción. Porque es incomprendible cuál es la forma de presunción que pueda compensar al hombre de la pérdida de su propia vida. ¿De qué me aprovecha morir suponiendo que los demás me están considerando un coloso, si pierdo la vida y no oigo los aplausos que me son dados por ocasión de la muerte?

Manifestación de la necedad humana

Algo que nunca puede comprender es el hecho de que caballeros de la Edad Media decadente se revistieran completamente de metal, y embistieran uno contra el otro en aquella lucha violentísima de torneo, en la cual podían ser gravemente heridos, solo para quedar bien delante de los otros.

Imaginen que en una lucha así el caballero quedara ciego. ¿De qué sirvió quedar bien? Todo el mundo exclama: “¡Ah, qué cosa extraordinaria!”, y él en la oscuridad, palpan-do... ¿Qué sentido tiene esto? Es algo literalmente incomprendible porque viola todas las leyes de la lógica. Si se le hiciera a un ciego la siguiente propuesta: “usted puede curarse de su ceguera. Pero si continúa ciego todo el mundo va a considerarlo lindo.” ¿Él querrá continuar en su ceguera?

Él va querer salir de su ceguera de cualquier forma. Y si pudiera, se queda con lo lindo de otro modo o se consuela sin lo lindo, pero quedar ciego, no.

Con todo, el espíritu humano es susceptible de tantas deformaciones que, aunque pareciese fácil encontrar hé-

roes que lo fuesen por amor de Dios, de Nuestra Señora, por fe en la vida eterna, e imposible conseguir héroes que lo fuesen por una razón terrena y estúpida, la verdad es lo contrario.

El hombre está tan degradado por los efectos del pecado original, tan disminuido, que él fácilmente, en ciertas épocas de la Historia puede ser héroe sin sentido religioso. Y cuando entra en una Orden de Caballería, lo difícil no es ser héroe, sino mantener el verdadero motivo por el que se debe ser héroe.

Es una de las manifestaciones más aflictivas de la imbecilidad humana, pero esa expresión fue muy aguda en el tiempo de la decadencia de la Caballería y, por tanto, de las Órdenes de Caballería también.

Destruir a los enemigos de Dios y proteger a sus amigos

Sin embargo, Jesús declaró a Santa Brígida que, si quisiesen volver a Él, estaba dispuesto a recibirlos y, al mismo tiempo, Él prescribiría la manera que le sería más agradable, y las ceremonias que se deberían observar cuando ellos se alistaran en su servicio.

Vemos en eso el amor de Nuestro Señor Jesucristo a las Órdenes de Caballería, el perdón y la invitación para restaurarlas.

El caballero debería venir con su caballo hasta el cementerio de la iglesia, en el momento en que asumía la condición de caballero, donde, habiéndose apeado y dejado su caballo, debía ponerse su manto, cubrirse la cabeza, como marca de mi-





licia y la obediencia en la cual se comprometía para la defensa de la Cruz.

El estandarte del príncipe debía ser llevado adelante, para indicar que era necesario obedecer a las potencias de la tierra en todas las cosas que no son contrarias a Dios.

Entrando en el cementerio, el clero iba adelante con la bandera de la Iglesia, sobre la cual estaba representada la Pasión de Nuestro Señor, a fin de que supiese que debía defender la Iglesia y la Fe y obedecer a sus superiores.

Entrando en la iglesia, el estandarte del príncipe permanecía en la puerta; al templo sólo debía ingresar la bandera de la Iglesia, para mostrar que el poder divino excede al secular y que los caballeros deben preocuparse mucho más de las cosas espirituales que de las temporales.

Asistía a una Misa y, en la Comunión, el rey o el que lo representaba, aproximándose del altar, ponía una espada en la mano del caballero, diciéndole que le daba la espada a fin de que no escatimase su vida por la Fe y por la Iglesia, para destruir a los enemigos de Dios y proteger a sus amigos. Entregándole el escudo, le decía que lo usara para defenderse contra los enemigos de Dios, para dar socorro a las viudas y a los huérfanos y para aumentar la honra y la gloria de Dios. Enseguida, colocándole la mano en el cuello, le decía que estaba sometido al yugo de la obediencia.

Primacía de la Iglesia sobre el Estado

Para comprender esta ceremonia, es preciso recordar que en la Edad Media siempre hubo el problema de situar bien las relaciones entre la Iglesia y el Estado, y, por esa causa, en los países o en las ocasiones en que prevalecía el buen espíritu, había una preocupación extrema de destacar la prelación de la Iglesia sobre el Estado.

Estábamos en la era bienaventurada en la cual la Igle-

sia, creyendo firmemente en sí misma y afirmándose como una institución de derecho público, se declaraba superior al Estado y proclamaba al Papa como el más alto dignatario de toda la tierra, Vicario de Jesucristo y superior al emperador y a todos los reyes. Vemos, en esta descripción, una ceremonia perfectamente elaborada para indicar esto.

Es muy frecuente en Europa que los cementerios queden al lado de las iglesias, verdaderas matrices parroquiales. Entonces, en el cementerio –probable-



Don Alfonso Henriques

mente para indicar la proximidad y la resignación con la muerte— se daba la primera escena de ese encuentro.

El caballero iba precedido con la bandera del príncipe, pero cuando venía la bandera de la Iglesia, representando la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, todo desaparecía. El caballero como que dejaba el servicio del príncipe, o sea, del Estado, en todo cuanto contrariaba a la Iglesia; se colocaba enteramente al servicio de la Esposa de Cristo e iba a ser, a partir de aquel momento, un religioso sujeto a los tres votos: pobreza, castidad y obediencia.

Entonces, la bandera del príncipe se quedaba en la puerta de la iglesia, por ser inferior, por no ser digna de presenciar la ceremonia. Pero un representante del príncipe entregaba la espada, para indicar cómo el rey aprobaba aquella ceremonia. Se nota en estos pormenores la íntima alianza entre la monarquía y la Religión existente en aquellos tiempos.

Obediencia: humillarse a los ojos de los hombres, crecer delante de Dios.

Se lee también en otros apartes de las mismas revelaciones la fórmula de los votos de profesión de los caballeros, en estos términos: “Yo, criatura enferma, que no soporto mis males sino con dificultad, que sólo amo mi propia voluntad y cuya mano sólo tiene vigor cuando es preciso golpear, prometo obedecer a Dios y a vos que sois mi superior, obligándome con juramento a hacer el bien a las viudas y a los huérfanos, de jamás realizar cualquier cosa contra la Iglesia Católica y contra la Fe, y me someto a ser corregido, si cometo cualquier falta, a fin de que la obediencia a la cual estoy ligado me haga evitar el pecado y renunciar a mi propia voluntad, y que pueda, con mayor fervor, sujetarme solamente a la de Dios y a la vuestra.”

Es una fórmula linda, que expresa el contenido de la obediencia. El caballero acepta la obediencia para renunciar a su propia voluntad, que lo inclina hacia el error y hacia el mal. Entonces, bajo la obediencia a un superior que lo guía hacia el bien, se protege contra esta inclinación. Asumió el compromiso de sólo hacer lo que manda una persona más firme en el bien que él mismo. De manera que, por el voto de obediencia, queda protegido contra los extravíos de su naturaleza enfermiza.

El caballero fogoso, valeroso, héroe, renuncia a disponer de sí mismo y, con esto, se humilla a los ojos de los hombres, pero crece a los ojos de Dios, porque haciendo la voluntad del superior no hace la voluntad del superior sino la de Dios, que habla por medio del superior.

Así, el caballero tiene la alegría, durante toda su vida, de conocer la voluntad de Dios sobre él y seguirla, porque la voluntad de Dios es la voluntad del superior. En todo momento, entonces, el caballero sabía lo que Dios quería, conociendo lo que el superior deseaba de él.

Yuxtaposición de las virtudes opuestas

Vemos el contraste de alma: de un lado, caballeros ufanos y valientes en la lucha; de otro lado, verdaderos corderos de la obediencia, mostrando la yuxtaposición de las virtudes opuestas en el auténtico católico, y llevadas hasta el extremo. De un lado, varoniles de manera de convertirse en los más grandes guerreros de Europa y del mundo; de otro lado, humildes hasta el punto de renunciar a su propia voluntad.

Esto me hace recordar un hecho que leí en Montalembert², que me causó una impresión profunda y del cual gusté mucho.

Un árabe prisionero viajaba por Europa y vio aquellas catedrales



Lanceros de la Reina – Museo de Bellas Artes, La Coruña, España

siendo construidas por hermanos legos de Órdenes religiosas. Entonces preguntó: “Explíquenme los secretos de estas almas. ¿Cómo es que pueden construir catedrales tan altivas hombres tan humildes?”.

Para tener la verdadera altivez es preciso ser verdaderamente humilde, y para ser verdaderamente humilde es necesario ser verdaderamente altivo.

He aquí el alma, no del caballero decadente, héroe por razones humanas, sino del verdadero caballero según los anhelos de Nuestro Señor cuando se manifestó a Santa Brígida.

En la Edad Media muchas veces hubo ejemplos admirables de caballeros que llegaron a la honra de los altares.. ❖

(Extraído de conferencia de 16/2/1967)

- 1) HÉLYOT, Pierre. Histoire des Ordres Monastiques Religieux et Militaires, et de Congregations Seculières. Paris: Nicolás Gosselin, 1715, v.4, c.6, p.44-45.
- 2) Charles Forbes René de Montalembert (*1810 - +1870). Escritor, político y polemista francés.



SANTORAL

Flávio Lourenço



Santiago Apóstol, predicando - Museo de León

1. Santos Justino Orona y Atilano Cruz, presbíteros y mártires († 1928). Asesinados en Guadalajara, México, durante la persecución desencadenada en ese país.

2. Beata Eugenia Joubert, virgen (†1904). Consagró su vida a la enseñanza de la doctrina cristiana a los niños, en la Congregación de la Sagrada Familia del Sagrado Corazón. Falleció en Lieja, Bélgica, a los 28 años, después de haber pronunciado por tres veces el nombre de Jesús.

3. Santo Tomás, Apóstol (†S. I).

Santos Pedro Zhao Mingzhen y Juan Bautista Zhao Mingxi, mártires (†1900) estos dos hermanos fueron muertos en la provincia de Hebei, China, durante la persecución realizada por el movimiento Yihetuan.

4. Beato Pedro Jorge Frassati, laico (†1925). Falleció en Turín, su ciudad natal, con 24 años, después de sufrir una parálisis fulminante. Militante de varias asociaciones católicas, se dedicó alegremente con todas sus fuerzas a las obras de caridad.

5. XIV Domingo del tiempo Ordinario.

San Antonio María Zaccaría, presbítero (†1539). Fundador de la Congre-

gación de los Clérigos Regulares de San Pablo o Barnabitas, para la reforma de las costumbres de los fieles cristianos.

6. Beata Nazaria de Santa Teresa March, virgen (†1943). Española, ingresó en las Hermanas de los Ancianos Desamparados. Posteriormente fundó, en Bolivia, el instituto de las Misioneras Cruzadas de la Iglesia.

7. Beata María Romero Meneses, virgen (†1977). Miembro del Instituto de las Hijas de María Auxiliadora, trabajó en Nicaragua y Costa Rica, con eficacia, en la evangelización de jóvenes, difundiendo la devoción a la Eucaristía y a la Santísima Virgen.

8. Beato Eugenio III, Papa († 1153). Discípulo amado de San Bernardo, defendió con gran celo el pueblo cristiano de Roma, y se preocupó en mejorar la disciplina eclesiástica.

9. Santa Paulina del Corazón Agonizante de Jesús, virgen († 1942). Murió en Brasil, donde fundó la Congregación de las Hermanitas de la Inmaculada Concepción, para atender a enfermos y pobres.

10. Beatas María Gertrudis de Santa Sofía de Ripert d'Alauzin e Inés de Jesús (Silvia) de Romillon, vírgenes y mártires († 1794). Pertenecientes a la

Orden de Santa Úrsula, fueron martirizadas durante la Revolución Francesa.

11. San Benito, abad y patrono de Europa († 547). *Ver página 27.*

12. XV Domingo del Tiempo Ordinario.

Beato David Gunston, mártir († 1541). Caballero de la Orden de San Juan de Jerusalén, fue ahorcado por oponerse a la conducta del Rey Enrique VIII.

13. Beato Carlos Manuel Rodríguez Santiago, terciario benedictino († 1963). Trabajó incansablemente en la renovación de la Sagrada Liturgia y en fomentar la vida de Fe en los jóvenes.

14. Beato Gaspar de Bono, presbítero (†1610). *Ver página 14.*

San Francisco Solano, presbítero (†1610). *Ver Página 2.*



Matríasco Bérrós

15. San Buenaventura, obispo y Doctor de la Iglesia (†1274).

16. Nuestra Señora del Carmen.

Beata Hermengarda, abadesa († 866). Bisnieta de Carlomagno, se consagró al servicio de Dios, logrando que muchas otras vírgenes la siguieran.

17. Bienaventurados Ignacio de Azevedo, presbítero, y compañeros, mártires († 1570).

Beato Pablo (Pedro) Gojdich, obispo y mártir († 1960). Siendo pastor de la iglesia Eparquía de Presov, en Eslovaquia, después de ser arrestado y torturado por el régimen comunista, entregó su alma a Dios.

18. Beata Tarsicia (Olga) Mackiv, virgen y mártir († 1944). Religiosa de la Congregación de las Hermanas Siervas de María Inmaculada. Consiguió ante sus perseguidores dos victorias: la de la virginidad y la del martirio.

19. XVI Domingo del Tiempo Ordinario.

San Bernoldo (o Bernulfo), obispo († 1054). Fundó nuevas iglesias e introdujo los usos y las costumbres de Cluny en los monasterios de su diócesis en Utrecht, Holanda.

20. Santas Magdalena Yi Yong-hui, Teresa Yi Mae-im, Marta Kim Song-

im, Lucia Kim, Rosa Kim, Ana Kim Changgum, Maria Won Kwi-im y San Juan Bautista Yi Kwang-nyol, mártires († 1839). Entregaron sus vidas por la Fe cristiana en Seúl, en Corea.

21. San Lorenzo de Brindis, presbítero y Doctor de la Iglesia, († 1619). Predicador incansable, falleció en Lisboa, después de viajar como misionero por muchos países de Europa.

22. Santa María Magdalena († s. I).

23. Santa Brígida, religiosa († 1373). Nacida en Suecia, dejó varios escritos, donde habla de la necesidad de reformas en la iglesia. Antes de partir hacia el cielo, dejó los fundamentos de la Orden del Santísimo Salvador.

24. Beato Antonio Torriani, presbítero († 1494). Miembro de la Orden de los Ermitaños de San Agustín, fue médico de los cuerpos y de las almas.

25. Santiago, Apóstol († S. I).

Santa María del Carmen Sallés y Barangueras, virgen († 1911). Fundadora de la Congregación de las Hermanas de la Inmaculada Concepción, para la educación de mujeres.

26. XVII Domingo del Tiempo Ordinario

San Joaquín y Santa Ana, padres de María Santísima.

Beato Jorge Preca, presbítero († 1962). Se dedicó amorosamente a la formación catequética de los niños y fundó la Sociedad de la Doctrina Cristiana.

27. San Clemente, obispo († S. IX). Llevó la fe al pueblo búlgaro. Se conmemoran junto a él los Santos Gorazdo, Nahun, Sabas y Angelario, obispos, continuadores en Bulgaria de la obra de los Santos Cirilo y Metodio.

28. Santa Alfonsa de la Inmaculada Concepción (Ana) Muttathupadathu, virgen († 1946). Para evitar que la obligasen a casarse, puso el pie en el fuego. Fue admitida en las Clarisas Malabarenses, en Bharananganam, India, y vivió frecuentemente enferma.

29. Santa Marta († S. I).

30. Santa María de Jesús Sacramentado Venegas de la Torre, virgen. (†1959). Mexicana que pasó cincuenta y cuatro años curando enfermos pobres en una pequeña enfermería: Fundó la Congregación de las Hijas del Sagrado Corazón de Jesús.

31. San Ignacio de Loyola, presbítero y fundador († 1556).

San Justino de Jacobis, obispo († 1860). Perteneciente a la Congregación de la Misión, se dedicó al apostolado y la formación del clero.



Muerte de San Ignacio de Loyola



En defensa del Beato Gaspar de Bono

Un ejemplo característico de la Revolución tendenciosa fue el que se dio en muchos medios católicos: no se enseñaba claramente una doctrina errada, sino que los temperamentos se fueron habituando a una posición blanda, de entreguismo, desarmando toda la línea de defensa de la ortodoxia, a través de omisiones que se integraban a un coro de medios tonos y medias verdades.

Perfección cristiana y bellos hechos de guerra

Gaspar de Bono nació en Valencia en 1530. Su padre, tejedor y, más tarde, afilador de cuchillos, era un hombre de vida religiosa profunda. Su madre, ciega a los cuarenta años, era una persona de gran paciencia y resignación. El matrimonio asistía a Misa todas las mañanas, ofreciendo ese día a Dios; mientras el marido trabajaba, la mujer meditaba o tejía. De este matrimonio nacieron cuatro hijos, y a uno de ellos, Gaspar, los padres le destinaron una mejor educación, pues percibieron en el niño dones excepcionales.

De hecho, el joven estaba dotado de gran inteligencia, además de encanto personal. Siguiendo el ejemplo de los padres, era piadoso y fue recibido muy pronto como terciario dominico. Adolescente, comenzó a trabajar con un comerciante de seda que costeó sus estudios. Pero la Providencia encaminó a Gaspar para servir como soldado del Emperador Carlos V. El joven fue un ejemplo de la unión entre la piedad



y el coraje, la perfección cristiana y bellos hechos de guerra. Como militar, jamás lo oyeron jurar en vano en nombre de Dios, cosa común entre sus compañeros; las visitas de las damas más honradas le eran sospechosas; le desagradaban las compañías menos dignas. Después del cumplimiento de sus deberes, iba a las iglesias, hospitales y otros lugares de devoción, donde consagraba su alma a Dios y su cuerpo a su príncipe.

Valeroso y valiente en el manejo de la espada

Devotísimo de la Santísima Virgen, recitaba todos los días sus letanías, teniendo particular devoción a Santa Ana, a San José, a San Vicente Ferrer y a las almas del purgatorio. Pero no piense nadie que por esto su temperamento fuese reacio o distante. Era uno de los más bellos y gentiles hombres del ejército y de los mejores en las armas, valeroso y valiente con su espada, que solo la empuñaba por la honra de Dios y la defensa de su rey.

Fue así como en cierta ocasión, al estar con una pequeña compañía, fue atacado por un contingente numeroso de la caballería enemiga. Viendo que no podía enfrentarla, se fue retirando lentamente, tratando de matar al menos algunos adversarios, de modo a debilitarlos. No se percató entonces de un profundo foso que se encontraba oculto entre piedras, cayendo en él con su caballo encima. Bastante herido, fue alcanzado aún por tres golpes de alabarda de un soldado contrario. Sintiendo la muerte próxima, recurrió a la Santísima Virgen, prometiéndole ingresar en la Orden de San Francisco de Paula, si se salvaba. Y lo fue milagrosamente. Volvió a Valencia y fue recibido en aquella familia religiosa, a los 35 años de edad.

Insigne humildad y mortificación poco común

En su nueva vida, llegó a destacarse rápidamente como ejemplo para los de-

más sacerdotes. Extraordinariamente virtuoso, llegó a extremos en la práctica de la humildad, de una mortificación fuera de lo común y con el don de la conversión hacia los pecadores empedernidos. Murió en 1604, mientras rezaba una Ave María. Fue beatificado por Pío VI, en 1786. Llegó a ser General de su Orden donde era muy respetado.

Un contemporáneo suyo lo describe así:

“Cuando joven, era extraordinariamente bello, de estatura mediana y de cuerpo muy bien proporcionado; cuando se hizo viejo, se volvió un poco encorvado, lo cual le dio un porte más grave, moderando su extrema humildad y actitud recogida, porque frecuentemente tenía las manos juntas y los dedos cruzados entre su gran rosario.

“Su fisonomía era clara, suave, agradable, pero muy alegre, aun cuando alcanzó edad avanzada. Su frente era alta, los ojos azules, ni grandes ni pequeños, alegres y vivos, serenos y discretos; las cejas arqueadas, con algunas canas, que en su juventud eran rubias; la nariz bien proporcionada, un tanto aguilina, la boca mediana, de labios bien visibles; la barba muy espesa, toda blanca con algunos cabellos dorados; sus manos eran largas y blancas, su caminar pausado y solemne; gagueaba un poco; era de compleción sanguínea y colérica. Y, sin duda, fue uno de los más venerables ancianos entonces conocidos”¹.



Casa donde nació el beato Gaspar de Bono, en Valencia, España

Biografía bien redactada, sin embargo, no exenta de sentimentalismo romántico

Ésta ficha biográfica es más inteligente que muchas hagiografías que por ahí se encuentran. Quien la redactó tuvo el cuidado de hacer del Beato una descripción casi de ficha policial de nuestros días. Se diría que es una especie de fotografía del tiempo en que no había fotografía. Tiene todos los pormenores de la fisonomía del Beato, descritos con mucha vivacidad, de manera que –por así decir– se percibe su alma por detrás de la descripción.

De otro lado, trata de su vida de un modo bastante completo, contando también que fue un guerrero; no omite que fue un guerrero eficaz, porque normalmente las fichas



Iglesia de San Nicolás, en Valencia, donde se encuentra la tumba del Beato

impregnadas de estilos hagiográficos medio melosos, al tener que tratar de un santo en su expresión guerrera, dirían sólo de esta manera: “el santo mancebo fue también un guerrero durante algún tiempo”. Y seguirían adelante u omitirían que fue un guerrero, para dar la idea de que un santo jamás esgrime la espada, porque toda violencia es intrínsecamente mala y el católico es incapaz del uso de la fuerza al servicio de sus ideas. Es una concepción afeminada y sentimental del católico.

No se puede decir que esa ficha sea enteramente sentimental o romántica. Sin embargo, tal es la presencia sutil del sentimentalismo romántico, que el texto describe ampliamente al Beato como religioso y trata bastante de su vida de piedad; sin embargo, no habla de ninguno de sus hechos de armas, a no ser uno en que es derrotado y es objeto de un milagro, que le sirve de circunstancia para dejar la carrera de las armas.

La combatividad militar es integrante de la virtud de un santo

Ahora bien, a nosotros nos gustaría una ficha que dijese todo cuanto dice, pero que, además, nos muestre a ese Beato como un guerrero valiente, no solo en la retirada, sino en el ataque, matando a algunos, contando el caso de por ejemplo diez enemigos a quienes liquidó con un solo golpe de espada. O entonces, la narración de un avance en el cual se puso en riesgo, quedando en la inminencia de morir, no por un retroceso sino porque se metió en medio de los adversarios... sin embargo, Nuestra Señora lo socorrió haciendo que apareciera un Arcángel guerrero que, a su vez, expulsó a otros tantos enemigos.

Así, apreciaríamos al ver la combatividad militar elogiada como integrante de la virtud de un santo. La Escritura, el Espíritu Santo, por lo tanto, describe así a Judas Macabeo y a otros.

Aquí, no. Se ve que, por un esfuerzo de objetividad hagiográfica, el biógrafo llega hasta el límite de la objetividad entera, pues cuenta un caso muy bonito: el héroe no es sólo aquél que ataca, sino también el que sabe retroceder conforme el caso.

Hay incluso una forma especial de heroísmo en el perseverar y continuar con entero coraje, a pesar de la adversidad. Pero, cuando se presenta la vida de los santos tan melosamente, nos apetece otras cosas. Y se percibe que existe material para eso.

Altar ideal para venerar a un santo

¿Cuál es el corolario de esto? El Beato Gaspar fue un fraile de la Orden de San Francisco de Paula. Por ser beato, es probable que no se hayan construido en su honra capillas en ninguna iglesia. Sin embargo, en alguna iglesia de su orden, es probable que sí.

Lo normal sería que hubiera un nicho con su imagen y, detrás, una pintura o un mosaico que muestre varios aspectos de su vida. Si se hiciera, de acuerdo a la integridad del espíritu católico, presentaría algunos aspectos del Beato con toda su dulzura y su bondad. Pero también, otros aspectos suyos combatiendo en el momento en que le clava una espada a un adversario, que cae muerto como consecuencia de su fuerte golpe.

Esto tendría que quedar en un altar, de tal modo que, al pie de ese cuadro, pudiésemos pedir la virtud de la fortaleza. No puede ser que, en la hora de manifestar el coraje y defender el bien, un católico esté por debajo de un guerrero que lucha en favor del mal. Por el contrario, si el católico tiene razones sobrenaturales para ofrecer su vida, es necesario que exceda a los combatientes del mal, de los cuales el más audaz, debería parecer un tímido delante de un verdadero católico.

Pero sucede que la figura del Beato en el momento de liquidar a un adversario, produciría, en algunas personas, un estremecimiento sentimental.

Formación que endulzaba el lado combativo de los santos

Diez o quince años atrás, en muchos seminarios se entendía que para ser un verdadero sacerdote se necesitaba no ser enteramente varonil. Para que un sacerdote, en un sermón, pudiera elogiar la combatividad, necesitaba tener una formación que los seminarios no daban.

Entonces, aunque la ficha hagiográfica es objetiva, muy bien hecha bajo varios aspectos, conteniendo datos verdaderamente edificantes y útiles para nuestra vida espiritual, difundió un estado de espíritu, un modo de ser que dominó, durante mucho tiempo, por lo menos en América del Sur, la piedad de amplios sectores de la

sociedad católica. No sé bien cómo es en España, Italia o Portugal.

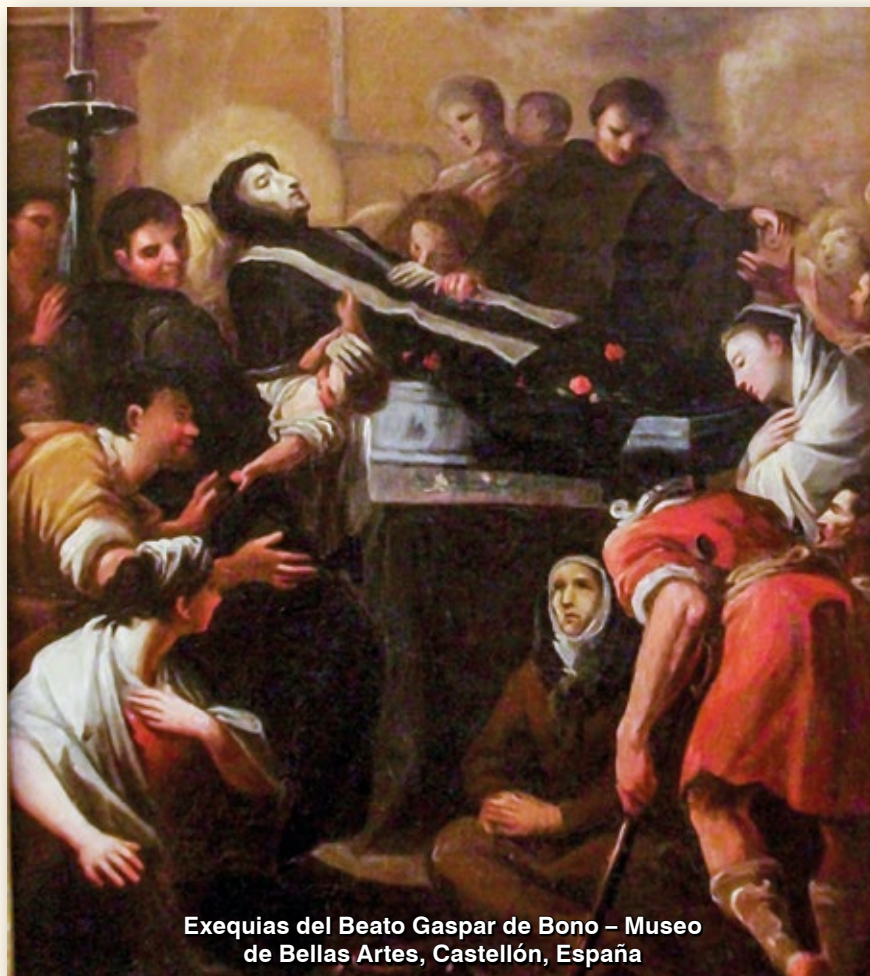
De tal forma que, como un abismo atrae a otro abismo, en tiempos en que la influencia de la Iglesia y del clero se ejercía, grosso modo, en un sentido recto, un espíritu combativo podía llevar esa influencia a la victoria. Sin embargo, desarrollaban su apostolado con fermentos que endulzaban completamente esa influencia, haciéndolo poco capaz de alcanzar la victoria que estaba a su alcance.

Surge la combatividad al servicio del mal

Y en la medida en que esa influencia se ejerce en un mal sentido, aparece una posición combativa y agresiva, en esos mismos ambientes, pero ya al servicio del mal: la teología de

la violencia que es el extremo opuesto de esas omisiones. Y es la tesis de que el sacerdote y la religiosa deben ser violentos y terroristas para poner en práctica la justicia social, la cual es un corolario del Evangelio y que, por lo tanto, se debe imponer incluso por medio de la violencia. En consecuencia, un abismo que atrae otro abismo.

Este estado de espíritu, enemigo de toda polémica, de todo combate y de toda violencia, tuvo su responsabilidad en un aspecto de esta crisis dramática. Cuando el neo modernismo, o sea, el progresismo, comenzó a renacer con una insolencia mayor, habría sido facilísimo aplastarlo. ¿Por qué no se lo aplastó? Porque un gran número de los hombres que detentaban el poder tenían esa mentalidad. A ellos les parecía que nada debía ser aplastado. En el plano ideológico de



Exequias del Beato Gaspar de Bono – Museo de Bellas Artes, Castellón, España



las censuras, de las penas canónicas y del coraje eclesiástico de castigar, aunque no sea por medios materiales, ellos reaccionaban con la misma debilidad y blandura que queda insinuada en ese horror manifiesto al ejercido en los términos militares.

Entonces, tuvimos que habituarnos a la ola de violencia que crecía y crecía, mientras los adversarios naturales –que eran hombres que no querían la violencia– dejaban de reaccionar, pues fueron educados en la escuela de la no-violencia. De ahí comprendemos cómo fue posible que tan pocos se volvieran tan numerosos e hicieran tanto. Dicho estado de espíritu es el responsable de ese estado de cosas.

Biografías mutiladas por la Revolución tendenciosa

Vemos aquí los zigzags de la Revolución, afectando la vida de piedad y desarrollándose en el campo de la vida espiritual de enorme número de católicos. Una vez más notamos el fenómeno de la Revolución tendenciosa. Porque no se está formulando una doctrina errada, ni se está diciendo de modo positivo que un católico no debe ser un soldado valeroso. De algún modo se está afirmando lo contrario. Pero hay omisiones que se introducen en un coro de medios tonos, de medias verdades, que terminan insinuando esa posición y habituando a los temperamentos a una posición blanda, de entreguismo, que desarma toda la línea de defensa de la ortodoxia, aun antes del adversario levantar la cabeza. Cuando el enemigo levanta la cabeza, las líneas de defensa están casi todas adormecidas.

Se podría hacer una objeción: “Pero Dr. Plinio, esto es cierto sólo en parte, porque esos mismos que usted mencionó como siendo contrarios a la energía eclesiástica, cuando se trata de atacar a la ortodoxia

y la integridad, son extremadamente enérgicos.”

Respondo: No es una contradicción, sino que está en la lógica del perezoso. En esta posición entra mucho el vicio capital de la pereza. Y la psicología del perezoso es justamente ésta: concuerda con todo y tiene pereza para todo; sin embargo, con el que quiere convencerlo de no ser perezoso y que desea obligarlo a salir de su pereza, lo agrade sin pereza.

Tomen a un hombre que está durmiendo agradablemente. Lo despiertan y le dicen:

— Hay diversiones.

— No quiero.

— Hay trabajo.

Se duerme más profundamente.

— ¡Haga una oración!

Se desmaya.

Traten de levantar al hombre... Se levanta y nos da un puntapié, ya que

se lo está sacando de su pereza. Ésta es la lógica del perezoso.

En innumerables ocasiones quisimos que esta gente combatiese. Evidentemente, éramos agredidos, pues estábamos sacándolos de la lógica de la pereza.

Alguien podría afirmar: “Dr. Plinio, usted no nos comentó la vida del Beato. ¿Qué queda de su vida para nosotros?”

Queda, antes que nada, una defensa del Beato que fue presentado de modo mutilado. Y también una defensa contra tantas hagiografías mutiladas que por ahí se presentan. ❖

(Extraído de conferencia de 7/8/1972)

1) No disponemos de los datos biográficos de la obra citada.



El Dr. Plinio en la década del 70

Libertad e igualdad, según la Doctrina Católica

La verdadera libertad no consiste en hacer lo que nos apetece, sino en la armonía interior por la cual la razón conoce la verdad y el bien, la voluntad adhiere a lo que le muestra la razón, y la sensibilidad se somete a lo que la inteligencia y la voluntad le indican. Por naturaleza, los hombres son iguales y todos tienen los mismos derechos y deberes esenciales. No obstante, son desiguales en cuanto a los accidentes, que pueden ser de gran relevancia.

Estábamos tratando respecto al socialismo, la democracia, el liberalismo y el papel del principio de subsidiariedad en la sociedad¹. Nos faltaba considerar en qué consiste la verdadera libertad, según las enseñanzas de la Iglesia y, al tratar de la desigualdad, discutir sobre la aristocracia de sangre, de cultura y de trabajo, y su legitimidad dentro de la democracia. Vamos entonces a abordar esas materias.

Los Mandamientos aseguran la libertad del hombre

En el uso común de la palabra, es libre quien hace lo que quiere. Por ejemplo, cuando alguien recibe una visita y dice: “Esté a gusto y disponga de lo que quiera con toda libertad”, eso

indica que el visitante puede satisfacer todos sus deseos. Por tanto, si quiere coger un objeto para examinarlo, sentarse en un cuarto o en otro lugar para descansar, puede hacerlo sin restricciones. En este sentido, la libertad es la facultad de satisfacer sus deseos.

Según esa acepción, deberíamos concluir que los Mandamientos de la Ley de Dios limitan nuestra libertad, porque todo hombre, por ser concebido con pecado original, tiene muchas tendencias malas y, si hay Mandamientos que prohíben atender esas inclinaciones, limitan la libertad del hombre.

Ahora bien, la Iglesia afirma precisamente lo contrario: los Mandamientos divinos garantizan, aseguran la libertad del hombre. Entonces, ¿para ella la libertad no tiene el sentido atribuido por el lenguaje co-



mún? ¿Qué es, pues, la libertad según la Iglesia?

En una persona que conozca los Diez Mandamientos y, por lo tanto, sepa que debe proceder de un modo determinado, pero tiene una inclinación a hacer algo opuesto a los Mandamientos, su voluntad vacila: ora quiere cumplir su deber, ora desea satisfacer su mala tendencia. En ese tropiezo, al tener la facultad de dirigir su voluntad adonde quiera, ella es libre. Esta es una primera noción de libertad.

No es, por lo tanto, como un animal que solo sigue sus instintos. Eso ni siquiera merece el título de libertad. En la libertad del hombre intervienen dos factores que el animal no posee: la inteligencia y la voluntad. Por la inteligencia, el ser humano comprende que debe hacer una cosa y la voluntad lo lleva a querer eso. Sin embargo, puede vacilar, acabando por fijar su acto de voluntad ora en

una cosa, ora en otra, o en algo que él sigue la vida entera, poco importa. En ese caso fue libre, pues, ante una alternativa, escogió lo que quiso.

La libertad de los ángeles

Entonces, la libertad es la facultad que el hombre tiene de, entre la verdad y el error, entre el bien y el mal, poder libremente optar por la verdad y por el bien. Se trata de un don muy alto de Dios, porque es rechazando el error y el mal que el hombre practica, hace efectivo su acto de amor y de fidelidad al Creador, y de esta forma merece el Cielo. De manera que, siempre que tenemos la oportunidad de ejercer ese acto, debemos agradecer a Dios esa facultad y debemos ejercerla de acuerdo a la Ley Divina.

Hay, no obstante, un nivel superior al cual corresponde un concepto más alto de libertad. Por ejemplo, la libertad de los ángeles en el Cielo, que solo quieren la verdad, solamente aman el bien y no sienten ninguna inclinación hacia el error ni hacia el mal; ellos hacen directamente lo que su inteligencia les manda, sin ninguna inclinación mala.

Se diría a primera vista que, teniendo el hombre la posibilidad de optar ante inclinaciones opuestas, es más libre que el ángel, que no estando sujeto a esas tendencias se dirige directamente hacia Dios. Voy a demostrar cómo eso es una ilusión.

Nuestra Señora era mucho más libre que cada uno de nosotros

Tomen a un hombre habituado a fumar y que eso le parezca extremadamente agradable. El médi-

co le dice: “¡Usted tiene que parar de fumar!” Ese individuo se lleva un choque al pensar en la violencia que va a tener que ejercer sobre sí mismo para dejar ese hábito. Cada vez que a él le den ganas de fumar, está obligado a trabar esa lucha. Sin duda, el hombre ejercerá su libertad diciendo “no” al deseo de fumar.

Pero, si algún día se pone ante una imagen de Nuestra Señora y le pide que le quite el deseo de fumar y, siendo atendido, ya no tiene esa pasión que lo arrastra casi animalescamente hacia el cigarrillo, en ese caso será aún más libre que en la situación anterior. Porque en el primer caso el hombre quiere parar de fumar, siente una fuerza contraria a la cual puede resistir, pero es una dificultad. En el segundo caso, al no sentir más esa dificultad, hará enteramente lo que quiere y, por lo tanto, su libertad es mayor.

Es decir, aquello que constituye un obstáculo para que la voluntad siga los dictámenes de la inteligencia, disminuye nuestra libertad. Si nos liberamos de ese obstáculo, nuestra libertad aumenta.

Tenemos, entonces, una noción más elevada y perfecta de la libertad, que es el concepto católico: la facultad que el hombre tiene de actuar de acuerdo a su razón, y de querer aquello que debe querer. La adhesión de la sensibilidad a eso es la plenitud de la libertad.

Por lo tanto, Nuestra Señora, concebida sin pecado original y por esa causa no teniendo ninguna inclinación hacia el mal, ninguna pasión desordenada, era evidentemente mucho más libre que cualquiera de nosotros, porque nosotros tenemos muchas inclinaciones y pasiones que constituyen trabas para la verdadera vía, que es el cumplimiento de la voluntad de Dios de acuerdo con el dictamen de nuestra razón.

Libertad: armonía interior entre la verdad y el bien

La verdadera libertad, por lo tanto, no está en hacer algo que nos apetece,

Gabriel K.



sino que consiste en esa armonía interior por donde la razón ve la verdad y el bien; la voluntad, hecha para seguir la verdad y el bien, adhiere a lo que le muestra la razón; y la sensibilidad se somete a lo que la inteligencia y la voluntad le indican. Este es el orden perfecto dentro del hombre, que lo hace verdaderamente libre.

Así, cuando el hombre vacila entre el bien y el mal,

su libertad, aunque exista, ya está un tanto disminuida. Al capitular y seguir el mal, pierde su libertad. Es en ese sentido que Nuestro Señor dijo en el Evangelio: “La verdad os hará libres” (Jn 8, 32); porque quien vio y aceptó la verdad, derrumbó el primer obstáculo.

Por fin, en Dios Nuestro Señor, siendo perfectísimo, no puede haber la más pequeña inclinación hacia el mal, ninguna falla. Él es la propia Verdad y el Bien. Así, la libertad de Dios es la más grande de todas, bajo la cual está la libertad de los hijos de Dios, nuestra libertad, por la cual nosotros también adherimos a la verdadera Iglesia y la seguimos. He aquí el verdadero concepto de libertad.

La confirmación en gracia es la libertad completa

La Doctrina Católica enseña que, después del pecado original, el hombre se volvió tan propenso al mal, que con el simple recurso de su naturaleza no es capaz de practicar durablemente todos los Mandamientos. Pero, por un auxilio de Dios, un don sobrenatural creado, que es la gracia, el



El Divino Maestro predicando – Catedral de Notre Dame, París, Francia

hombre tiene un suplemento de fuerzas siendo capaz de ver la verdad entera y de practicar todos los Mandamientos, tornándose así menos dominado por el mal y por el error, o sea, por Satanás, del que todos los hombres quedaron esclavos después del pecado original, pero fueron rescatados por la Redención infinitamente preciosa de Nuestro Señor Jesucristo.

La gracia, por tanto, aumenta nuestra libertad. ¿Qué es la confirmación en gracia? Es una gracia tan grande que la persona ya no tiene ninguna inclinación hacia el pecado mortal. De manera que ella en ese estado consiguió la libertad completa. Es como el alma de la persona que cuando muere se va al Cielo. Ella en el Paraíso está confirmada en gracia, es decir, nunca más pecará, porque no tiene ninguna traba para su libertad.

Entonces, vemos aquí un modo completamente diferente de considerar la libertad. Si uno de nosotros tuviera autoridad, por ejemplo un cargo gubernamental o policial eminente, mandaría quitar todas las vallas inmorales de propaganda comercial que existen en la ciudad.

Alguien diría: eso es contrario a la libertad. Nosotros responderíamos: no, por el contrario, eso defiende la libertad. Hay una porción de personas que quieren ser castas y a quienes esas vallas las agreden, despertando una pasión tendiente a arrastrarlas hacia el mal. Sin duda alguna, la persona no pecará si quiere, pero su libertad de no pecar queda disminuida. Aunque ella tenga culpa, hay un peso que esa sugestión mala puede ejercer sobre la imaginación, arrastrando a la persona hacia el pecado.

Entonces, acabar con las vallas y con toda clase de propaganda de la inmoralidad defiende y aumenta la libertad. Este es el verdadero concepto de libertad.

Una concepción equivocada con respecto a la libertad

En el campo político, los dos conceptos de libertad proyectan a su vez una diferencia enorme en las diversas concepciones, porque el liberalismo político hace consistir la libertad en que la ley permita a los ciudadanos hacer, en toda la medida de lo posi-



ble, cosas agradables. Según esa concepción, propagar el error y el mal es libertad. Nosotros los católicos, no somos enemigos de la libertad, sino de aquello que los liberales acostumbran a llamar de libertad, aunque en realidad es libertinaje, es decir, la deformación de la auténtica libertad.

Se podría objetar: - Está bien, pero sucede que los hombres se engañan fácilmente. Así como alguien puede decir “esta es la verdad” y equivocarse, ¿el jefe de Estado no puede engañarse sobre la verdad?

La respuesta es fácil: la Fe Católica, Apostólica y Romana es demostrable racionalmente como siendo verdadera. Por la gracia nosotros adherimos a lo que la razón nos muestra y hacemos un acto de fe: “Esta es la Iglesia verdadera.” Ahora bien, la Iglesia no podría ser verdadera si no fuese infalible en sus enseñanzas, o sea, si la autoridad del Papa no estuviese protegida por el Espíritu Santo, de manera que no caiga en error cuando enseña ex cathedra y de acuerdo con las condiciones conocidas.

Conclusión: los hombres pueden caer en el error, pero la Iglesia no. Y quien sigue el Magisterio multisecular de la Iglesia tampoco cae en el error.

Libertad y autoridad

Otro equívoco con relación a la libertad dice respecto a la autoridad. Mucha gente piensa, por ejemplo, que la policía dificulta la libertad de la población, porque captura a los bandidos y los lleva a prisión. De hecho, nadie sería libre de circular por la calle si no fuese por la policía.

Daniel Dias



San Pedro – Basílica del Vaticano

La autoridad –no solo la de la Iglesia, sino también toda autoridad legítima–, cuando se ejerce en el campo que le es propio, no viola, sino que garantiza la libertad. Por lo tanto, entre autoridad y libertad no hay conflicto. El mejor apoyo para la libertad es la autoridad.

Una objeción sería: siendo así, entonces el Estado socialista y, más aún, el comunista, son supremamente libres, porque como la autoridad manda a todo el mundo, la libertad existe para todos.

La respuesta es: No, pues en ese caso la autoridad se salió de la esfera que le es propia. El campo propio de la autoridad es aquel en el cual ella se ejerce siempre que sea necesario, de manera que complete en algo la libertad de quien no tiene medios para ejercer una tarea determinada por sí mismo. El principio de subsidiariedad circuns-

cribe el ejercicio de la autoridad armónicamente.

La jerarquía de bienes está condicionada a los fines del ser humano

Otro problema que se plantea es el de la libertad de elección entre diferentes grados de bien.

Absolutamente hablando, ante diversos grados de bien, el hombre siempre debe preferir el mayor. De manera que, cuanto más adhiere al bien mayor, tanto más es libre. No obstante, atendiendo a ciertas circunstancias, no siempre el bien mayor es aquel que debe ser escogido o hecho en determinado momento. Ahí interviene una especie de carrillón

de juegos de bienes, con importancias mayores o menores, que se deben tener en consideración.

Por ejemplo, ¿cuál es un bien mayor: rezar en una iglesia o comer? Absolutamente hablando es rezar en una iglesia; pero a la hora de la cena, el bien mayor es comer, porque Dios quiere que yo conserve mi vida, y eso no lo haré sin alimentos. Yo debo tener una hora para alimentarme. En esa hora lo menos bueno, absolutamente hablando, dadas las circunstancias se vuelve para mí un deber.

Hay, por lo tanto, toda una jerarquía de bienes condicionada a los fines del ser humano. El hombre tiene un fin celeste y uno terreno, pero éste está destinado para que se consiga aquél. Por eso, a veces, tengo que hacer una cosa menos buena –fin terrenal– para obtener después el mejor, el más alto, que es el fin celestial.

Los hombres, en general, se relacionan a manera de medios, unos para alcanzar los otros. Así, a veces tenemos que buscar primero un bien menor que es el medio para llegar al mayor. Ahí está la jerarquía.

Evidentemente eso no se aplica al mal moral. No se puede hacer un mal menor para evitar uno mayor. Por ejemplo, no puedo calumniar a alguien para impedir que yo sea aprisionado, ni cometer un pecado para obtener una determinada ventaja, porque en materia de pecado no hay tolerancia. La acción pecaminosa es contraria a Dios y, como tal, no puede ser practicada.

Los hombres son iguales en esencia, pero desiguales en los accidentes

Pasemos a tratar de la igualdad.

Si tomamos en consideración varios objetos fabricados en serie, que acaban de salir de la fábrica, y los analizamos con cuidado, aunque a primera vista parecen idénticos, vemos que en algunos pormenores son diferentes unos de otros. Porque no es posible una igualdad completa entre dos seres, incluso siendo ellos de la misma naturaleza.

En ocasiones la desigualdad reside en los accidentes, mientras que en la esencia hay igualdad. Entre tanto, los accidentes tienen mucha importancia, principalmente si consideramos la naturaleza humana.

Por naturaleza, los hombres son iguales y a todos corresponden los mismos derechos y deberes esenciales. Sin embargo, las diferencias accidentales entre dos hombres pueden ser de una gran relevancia.

Por ejemplo, un soldado puede ser un héroe de guerra, pero no sabe dirigir una batalla; un general sí lo sabe. Fue ganada una batalla, y el general tuvo un papel enorme en la victoria. El soldado, a su vez, sirvió de ordenanza del general du-

rante la batalla: le trajo agua, le sacó la punta al lápiz, espantó un gato que iba a entrar en la tienda del general, éste le pidió coger un pañuelo, se lo trajo, etc. Ambos contribuyeron para ganar la batalla, aunque de modos muy diferentes. En la hora del triunfo, ¿podríamos imaginar a las tropas desfilando y el pueblo aclamando, primero al general, y después al portador del pañuelo del general? “¡Viva, trajo el pañuelo del general!” Es una acción común, pasible de ser practicada por cualquier persona, no supone méritos ni dones especiales. Por lo tanto, no se aplaude, no se hace una apoteosis para algo tan común.

Consecuencia: para el general, aplausos; al pasar bajo el arco de triunfo, la multitud le ovaciona, después es llevado hasta su casa, donde recibe visitas de personalidades importantes. El soldado es esperado por su familia, que lo lleva en un carruaje y van a comer una feijoada [ndr. plato brasileño a base de fríjoles] en casa, en la hipótesis de que la escena sucediese en Brasil. Es natural. Se trata de un buen soldado que prestó sus servicios, un hombre honesto, digno de toda la consideración que se tiene a los hombres comunes honestos.

Es necesario sacar provecho de los dones recibidos de Dios

Dios creó a los hombres con capacidades desiguales, de donde, si las ejercitaran, unos estarán mucho más propensos a recibir gran galardón, honra, dinero, que otros.

Recientemente estaba viendo la fotografía de la residencia donde nació Winston Churchill, el famoso primer ministro inglés durante la II Guerra Mundial. Es el bonito castillo de Blenheim. El Rey de Inglaterra le dio ese castillo a John Churchill, primer Duque de Marlborough, porque había ganado una guerra para aquél país. Y ¿qué habrá concedido el monarca al soldado que combatió? Tal vez una pequeña condecoración. Está muy bien, de acuerdo con la justicia, es lo normal.

Esa desigualdad existe porque la Divina Providencia así lo dispuso y el hombre saca el debido provecho de los dones recibidos. No es suficiente que Dios haya dado, es necesario que



Castillo de Blenheim, Inglaterra

Winston Churchill

IWM (CC3.0)

BjoernEisbaer (CC3.0)



El milagro de San José de Cupertino – Basílica de Santa María Gloriosa dei Frari, Venecia, Italia

el hombre sepa sacar provecho. Si alguien es muy inteligente, pero nunca estudió, y otro es menos inteligente, pero se aplicó en los estudios, éste progresará más que el anterior, es claro. El que quedó atrás será un contador de anécdotas en la taberna; el estudioso se convertirá en profesor de una universidad. Es muy diferente ser la gloria de una taberna a ser la gloria de una universidad. Uno sacó provecho de lo que Dios le dio, el otro no.

Por lo tanto, esa desigualdad es innata, pero por nuestros medios aún podemos colocarnos más alto por el aprovechamiento de aquello que Dios nos dio, sea mucho o poco.

En esta Tierra, no podemos hacer una jerarquía con base en las virtudes

En la cuestión de la desigualdad, hay aún dos aspectos a ser considerados: el moral y el de los dones humanos.

Un hombre puede ser muy bueno desde el punto de vista moral, pero po-

co inteligente. Hubo un santo famoso por ser poco inteligente: San José de Cupertino. Hay otros que son muy inteligentes y no son santos. Esta desigualdad ¿cómo debe ser considerada?

En sí misma, la superioridad moral vale más que todas las otras. En el Cielo, los hombres no van a ser colocados conforme al grado de su inteligencia ni de cualquier otra cualidad, sino en consonancia del amor que tuvieron a Dios. Ésta es la única clasificación eterna que Dios toma en consideración.

Sin embargo, circunstancialmente no. Como en esta Tierra las virtudes no son visibles a simple vista, no podemos hacer una jerarquía basada en ellas. No puedo, por ejemplo, poner a las personas en un auditorio por orden de virtud. Tengo que poner adelante a los más antiguos, aquellos que naturalmente merecen destaque por sus dones y por los cargos y funciones que ejercen. Esa desigualdad existe y debe existir entre los hombres, y respetarla es un acto de justicia.

Alguien podría objetar: “Dr. Plinio, eso es verdad. Pero no veo cómo esa desigualdad puede ser hereditaria. Por ejemplo, un hombre ganó una guerra, y por eso su hijo merece mi respeto. Ahora bien, su hijo no ganó la guerra; no veo por qué debemos tributar una consideración especial a la persona de un alto linaje.”

Gratitud y respeto

¿Cómo se explica ese respeto debido a las personas que hicieron un gran bien? Hay varias explicaciones, sin em-

bargo, la más fácil de dar en una conferencia como esta es la de la gratitud.

Por ejemplo, estoy en un naufragio, a punto de perecer. Un vigoroso marinero entra en el mar lleno de tiburones y, con riesgo de ser devorado por uno de ellos, me rescata y me lleva a su barco. Evidentemente, quedo debiéndole un agradecimiento.

Llegamos a tierra firme y el pobre hombre muere en un accidente de automóvil. Viene su viuda con sus hijos, y dice:

— Dr. Plinio, nosotros quedamos en la miseria. Yo soy la viuda de ese hombre, esos son nuestros hijitos. ¿Usted no tiene una ayuda para darnos?

— Imaginen que yo respondiera: No, ni usted ni esos niños me salvaron del tiburón. ¡A la calle, ustedes no me sirven de nada! Aquél hombre, sí, era de valor. Los méritos que él poseía, ustedes no los tienen, pues éstos no se heredan. ¡Fuera!

¿Quién piensa que eso tiene sentido? ¿Quién no se da cuenta de que eso es una burrada? Es evidente que, si yo tenía una deuda de gratitud con ese hombre, así como él quería a su esposa por ser su esposa, y a los hijos por ser sus hijos, simplemente por esa misma razón debo, a pesar de que él haya muerto, por gratitud, hacer por la esposa y por los hijos lo que él me pediría si estuviese vivo.

¿Si estuviese vivo, no me pediría que ayudase a su familia? Claro que me lo pediría ¿y no estaría obligado a ayudarla? Estaría. Muy bien, habiendo muerto, debo hacer lo que me pidiera.

¿No es verdad que esa mujer y esos hijos heredaron la gratitud que yo debería tener a ese hombre? Luego, la gratitud se hereda, también se hereda el respeto.

La viuda de ese hombre entra en una sala, donde se encuentran otras señoras del mismo nivel. Viéndola, yo digo: “A todas las señoras les doy mi consideración, pero aquí está una de las señoras que tiene un privilegio raro, ella es la viuda de un héroe.” Y dirigiendo-

me a ella, añadió: “En atención al heroísmo de su marido, señora mía, ocupe aquí el primer lugar” ¿Quién no cree que eso es una cosa razonable? Siendo la viuda, ella heredó, es natural.

Es decir, existe ese vínculo por el cual la luz de aquel heroísmo como que pasa a una señora que no tenía aquel heroísmo, pero que, por ser la viuda del héroe, posee una prolongación.

Bajo cierto aspecto, los méritos y las desigualdades son hereditarios

Por causa de eso era que antiguamente cuando una persona se hacía benemérita para el Estado, este no solamente daba un auxilio a la persona, sino también a sus descendientes. Entonces, un general ganaba una guerra, o un diplomático hacía un gran tratado, el Gobierno le concedía regalos en dinero y títulos de nobleza para siempre, en los Estados cuya organización política implicaba eso. Aquella descendencia quedaba garantizada contra el infortunio para siempre. Era algo justo.

Otrora, en la Civilización Cristiana, no se erigían monumentos en honra de los grandes hombres. Los monumentos en plaza pública comenzaron a aparecer más o menos en el siglo XVII. Antes, en la Edad Media, no se hacían. A veces se ponía un monumento en las iglesias, pero no en plaza pública ni se le daba a una calle el nombre del personaje; No existían esas consagraciones. Se donaba, eso sí, una ayuda para la familia del gran hombre. Él y su descendencia eran elevados a la nobleza, se les daba dinero, etc. A partir del momento en el que los auxilios para las familias fueron cayendo, los gobiernos sintieron la necesidad de hacer monumentos para pagar a la persona. ¿Para qué servía?

Un ejemplo de eso, lo tenemos en la Plaza de los Guaianases, en San Pablo, donde existe un gran monumento al Duque de Caxias, colosal. ¿Qué se hizo por su familia? Cayó

en una tal pobreza que el Gobierno tuvo que dar a sus hijas una pensión, pues estaban en la miseria.

¿Será que el Duque de Caxias se daría por bien pagado viendo a sus hijas en la miseria y aquel monumento en la Plaza de los Guaianases? ¿No sería mucho más justo si le hubiesen dado un buen patrimonio?

Eso nos lleva a la conclusión de que las grandes acciones, concedían, a las familias de quien las realizó, el derecho a una beneficencia especial. Por tanto, no sólo a quien las realizó, sino también a sus familias. Así, bajo cierto punto de vista, los méritos y las desigualdades son hereditarias.

La impasibilidad de Talleyrand

Con respecto a la desigualdad hereditaria hay un punto interesante a considerar. Por una serie de razones que no son bien conocidas de la genética, los dones de una familia muchas veces son hereditarios. Así, se ven linajes enteros de personas con determinados dones. Por ejemplo, ciertas familias son muy inteligentes, otras muy dotadas para ciertas formas de arte, hay familias de diplomáticos, de abogados, de parlamentarios, en fin, hay toda clase de transmisión hereditaria, en la que entra sin duda algo de la educación transmitida de padre a hijo, y también algo de temperamental que la profesión exige y que la constitución física le da al hombre.

El diplomático, por ejemplo, tiene que ser impasible.

Talleyrand fue Ministro de Asuntos Exteriores de

Napoleón y un diplomático, en cuanto tal mucho más grande que Napoleón en cuanto militar.

En cierta ocasión, Napoleón tuvo una discusión con Talleyrand y, en presencia de mucha gente, le dijo unos ultrajes horrorosos para ver si le llevaba a rebelarse contra él, y así tendría un pretexto para encerrarle en la cárcel.

Talleyrand era un hombre de grandes actitudes, grandes elegancias y se mantenía impasible, como una estatua, apoyado distinguidamente junto a una chimenea, mientras Napoleón perdía la paciencia y espumeaba furioso.

Cuando el emperador terminó de injuriar, Talleyrand miró hacia las personas que estaban alrededor y dijo: “Qué pena que tan gran hombre haya recibido tan pequeña educación...”

¡Se acabó! Napoleón quedó tan empequeñecido con esto, que no podía responder nada.

Napoleón se sentía tan inferior ante la impasibilidad de Talleyrand, que a menudo decía, con rabia, que,



Monumento al Duque de Caxias - San Pablo, Brasil



si le dieran un puñetazo en la espalda, su fisonomía no cambiaba.

Sin duda, entra en eso algo de temperamento. Puede haber familias temperamentalmente así.

La organización social no puede ser cerrada

Entonces, algunas familias ya fueron destinadas por la Providencia, de padre a hijo, a desempeñar determinados papeles en la Historia, si ellas aprovechan sus dones. Esta también es una razón de sucesión hereditaria.

Se comprende, pues, cómo es normal que, en una organización social bien hecha, que tiene como base la familia, célula madre de la sociedad, haya familias más ricas y otras menos, según hayan trabajado más o menos, o de acuerdo con los dones recibidos de la Providencia, y algunas familias que merezcan más honras por poseer talentos más insignes, o por haber hecho en el pasado mayores cosas.

Por cierto, habrá en medio de eso injusticias: algunos robaron y por eso subieron en la vida. Pero aquella regla general, en una sociedad normal, es justa.

Por lo tanto, esa desigualdad no es solo de los individuos, sino también de las familias, y debe ser tal que permita la ascensión de las familias. No puede ser como en la India, donde había cinco castas y nunca nadie podía pasar de una casta a otra, absolutamente. Hiciera lo que hiciera, si nació en una casta, ahí tenía que morir.

El hecho de que alguien pertenezca a una determinada condición proviene de sus méritos y de su capacidad, y si en una familia nace alguien con mérito o capacidad excepcional, o especialmente trabajador, éste tiene el derecho de subir. Es decir, esta organización no puede ser cerrada, sino que debe ser de tal manera que los que van adquiriendo méritos su-

Coyau (CC3.0)



Charles Maurice de Talleyrand-Périgord – Museo Carnavalet, París, Francia

ban, y los que los van perdiendo desciendan.

Porque las familias son susceptibles de pudrirse, como las frutas, y a lo largo de la Historia algunas se conservan mil años y hasta más, y otras no duran tres generaciones; y cuando una familia se pudre es preciso que vuelva a la penumbra.

Es decir, debe haber, por tanto, una renovación gradual, como ocurre más o menos en una piscina –no en un río donde el agua corre–, en la cual el agua se renueva poco a poco y está siempre limpia. No quiero decir con esto que todas las familias deban decaer. Pero el que decae debe salir y lo que nace debe tener condiciones de subir; no puede ser una organización cerrada.

Respeto debido a cada ser humano

Por fin, otra condición para que haya legítimas y equilibradas desigualdades es que estas sean proporcionadas al respeto debido a cada ser humano.

Un día, estaba leyendo un libro de las memorias de una hija del Káiser, el último Emperador de Alemania, donde ella contaba un viaje que hizo a Turquía, durante el cual tuvo contacto con el sultán de aquel país. Le llamó la atención el modo como los sultanes eran tratados por sus siervos. Estos usaban la siguiente fórmula: “Mi señor, vuestro siervo, indigno de besar vuestros pies, besa el polvo que vuestros pies pisaron”.

Eso me hizo recordar inmediatamente una fórmula que leí cuando joven y que encontré tan chocante que nunca más se me fue de la memoria. Se trataba de un egipcio, agente comercial del Faraón de Egipto en Siria, que mandaba al Faraón una carta en la que eran tratados asuntos comerciales, pero cuya introducción era esta: “Señor, vuestro siervo, indigno de besar las patas de vuestros caballos, beso en el suelo el polvo que las patas de vuestros caballos pisaron”.

Ahora bien, ¡ambos son de la misma naturaleza, tienen alma, descienden de Adán y Eva! ¡Él, que es un hombre como el Faraón, ¿no es digno de besar la pata de un caballo?! ¡Es el colmo!, ¡esto es una exageración, viola el principio de la fundamental igualdad existente entre todos los hombres!

Tenemos, así, una noción sobre lo que es la igualdad y la desigualdad, y la verdadera libertad según la Doctrina Católica. ❖

(Extraído de conferencia de 18/1/1975)



Efies (CC3.0)

Punto de partida de la Civilización Cristiana

Un joven de familia noble abandonó todo para vivir en soledad, en una gruta entre montañas agrestes. Toda la naturaleza hacía eco a los ideales, y cada vez que daba un paso ascendente en el camino de la fidelidad, los ángeles cantaban y los demonios rugían. Ese fue San Benito, árbol del cual brotaron todas las semillas, que se esparcieron por Europa, dando origen a la Cristiandad occidental.



Gabriel K.



WGA (CC3.0)

F. BENEDETTI
S. BENEDICTVS



LUCES DE LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA

Subiaco fue el punto de partida de la Civilización Cristiana, tomando en consideración la Cristianidad en Europa Occidental. No me refiero, por tanto, a Bizancio y a esa parte de Oriente, ni al Norte de África, pero sí a la parte de la Cristiandad que después vendría a desarrollarse más, y de la cual nacerían América y todas las expansiones católicas del mundo.

“Yo me doy por entero”

Todo estaba en la siguiente situación: los bárbaros habían ocupado todo el Imperio Romano y había restos de civilización romana; al lado de eso, paganos y bárbaros en gran cantidad, formando un caos del cual era preciso que emergiese una cosa diferente.

La Iglesia estaba trabajando empeñadamente en eso, y actuando como ella lo hace. La Iglesia no trabaja siempre por medio de grandes hombres, sino siempre con base en la gracia. El gran hombre a veces aparece, y cuando es un gran santo, humilde, casto, sale algo que vale. Entonces, en la base de la conjunción de todos esos factores, la Iglesia cumplía con su deber, predicando, enseñando a cada uno en las parroquias, diócesis, según la ordenación puesta por Nuestro Señor Jesucristo, y que ella misma, orientada por el Espíritu Santo, iba completando, acomodando las circunstancias, etc. En todo eso la Iglesia, día a día, iba haciendo penetrar la gracia en las almas que querían recibirla. Y muchas de esas almas recibían gracias. Y esas

gracias las acogían mejor de lo que se recibe la gracia hoy en día.

Pero se podría decir que en esa situación en que la gracia soplaba por todos lados y abría algunas flores aquí, allá y más allá, algo estaba por acontecer de muy grande y de muy bonito como resultado de esa siembra medio bien recibida por todas partes. Y el resultado es exactamente el hecho de que un joven de familia senatorial, es decir, familia noble, patricia, San Benito, con un inmenso llamado divino para realizar su vocación, resolvió entregarse totalmente. La gracia le dijo: “Hijo mío, yo te quiero y te quiero por entero. ¿Quieres darte enteramente? Y él respondió: “Sí, yo me doy por entero.”

Pero para darse por entero, la experiencia le mostraba que no podía quedarse en aquella mezcla de barbarie y cultura romana decadente en que se encontraba Europa. Entonces se retiró a un lugar para vivir sólo. ¿Y por qué? Para ser santo. San Benito probablemente no notaba que él era el árbol del cual brotarían todas las semillas que debían ser esparcidas por Europa. Ese es el hecho benedictino. Y se fue sólo, con el fin de ser sólo de Dios y de Nuestra Señora, a un lugar completamente yermo, donde no hubiese nada que perturbase su entera entrega a Nuestro Señor, y allí entregarse a la devoción, a la meditación, a la penitencia, para que la gracia tomase cada vez más cuenta de su persona.

“Hijo mío, yo te quiero, y te quiero entero. ¿Quieres darte por entero?” Y él respondió: “Sí, yo me doy por entero.”



A través de San Benito, Dios tomó enteramente cuenta de Europa

Nosotros lo podemos imaginar joven –como consta que era–, de buena presencia, bien dotado, con los predicados de una familia senatorial, despreocupado de todo eso, no pensando en sus dotes ni como sería conmovedor en aquella gruta, o en aquel castillo de grutas, o en el silvestre palacio de grutas en que él se embreñó, donde cada gruta daba abertura a otra como en un palacio un salón da acceso a otro. No estaba pensando cómo era enternecedor ver el aislamiento de un joven de su figura, de sus antecedentes, con sus posibilidades, renunciando a todo y entregándose a Dios. Porque no pensaba en sí, sino en Dios.

En aquella soledad comenzaba, por lo tanto, una vida de virtud que haría de su alma el elemento modelador de toda una familia religiosa, que se prolonga hasta hoy y se prolongará hasta no sé cuándo. Yo tengo la vaga idea de haber leído que la Orden benedictina tiene más de dos mil santos canonizados. Y eso sin hablar de otras órdenes religiosas que son benedictinas en su origen, pero siguen la regla de San Benito en otros aspectos, interpretaciones, son otras vocaciones dentro de la Orden benedictina: trapenses, cistercienses, olivetanos y en otras ramas.

San Benito buscaba solo darse enteramente a Dios. El Creador tomaba cuenta enteramente de él, para, a través suyo, tomar cuenta completamente de Europa.

Pero es preciso notar lo siguiente: en esta situación, entregado a esa soledad extraordinaria, recibía la comida de otro anacoreta que vivía en una gruta encima, con quien no conversaba nunca. El anacoreta recibía alimento de un cuervo, si no me engaño, amarraba la comida en una cuerda y la pasaba para abajo, y comía lo que mandaban. Nada más. El único contacto que tenía con el mundo exterior era en cierta hora cuando veía que bajaba una cuerda. Él comía y la cuerda subía. Y nada de que los dos se quedaran mirándose, haciendo pequeñas señales, comentarios como “el tiempo está mal hoy”. Soledad total, total, total.



Grutas que oyeron el eco de sus pasos, llantos, y cánticos de alegría

En ese ambiente, en esa soledad predestinada, al espíritu humano le gusta imaginar que hasta las pequeñas hierbas, los grandes árboles, la vegetación y las ondulaciones del terreno estaban impregnadas de gracias, que tenían un presentimiento profético de lo que él debería ser. Y quién menos sabía lo que estaba por nacer era San Benito. Él tenía sus ideales, y todos los montes, valles, colinas –usando la expresión de Camoes empleada para un fin muy inferior– y pequeñas hierbas reflejaban, hacían eco de sus ideales, y los vientos cuando soplaban cantaban; y él no notaba todo eso.



Flávio Lourenço



Gabriel K.

Y una persona estando allá, hoy en día, puede aún encontrar esas hierbas, remotas bisnietas de las hierbas de esa época. Aquellos montes aún son los mismos y en su inmovilidad pétrea o térrea aún tienen la configuración de otrora, aquellas grutas que son las mismas que oyeron el eco de sus pasos, los sollozos, los llantos durante sus crisis, las tentaciones, las oraciones, los cánticos de alegría, etc., durante toda su vida repercutieron allí, y algo se podría sentir. Y quién va a un lugar así procura de algún modo sentir esos ecos de una historia que pasó allá.

Lugares que quedan impregnados por maldiciones o bendiciones

Esta búsqueda se da, por cierto, con historias de otra naturaleza. Voy a dar un ejemplo horrendo, que se me ocurre en este momento. Parece que Judas se ahorcó en una higuera brava, que da higos no comestibles por el hombre.

Pero imaginen que se hubiese colgado en un manzano, que estuviera dando frutos. ¿Algún hombre del mundo querría comer una manzana de ese árbol? Y si alguien tocara una de ellas, se le debería decir: “¡Vaya a lavarse las manos con agua bendita! ¡Queme esa manzana! Sepúltele en las entrañas de la tierra, donde los gusanos las van a devorar, las cenizas de esa manzana. Procure olvidar el lugar donde quedó esa ceniza. En todo caso, nunca más pase cerca. ¡Porque con Judas nada! Es un hombre cuyo nombre propio es un ultraje. ¡Llamar a alguien de Judas es insultarlo del modo más pesado posible!”

Ninguno de nosotros se sorprendería saber que alrededor de ese manzano hay mal olor; cortando su tronco sale una resina asquerosa mezclada con gusanos, es la enfermedad, la maldición, la infelicidad, las tentaciones del demonio asedian a quién se aproxima del manzano de la maldición. ¿Por qué? Porque las cosas quedan impregnadas.

También así con las bendiciones. Una persona piensa, mirando las montañas desde aquellas grutas: “Hubo tardes en que el tiempo estaba bonito como el de hoy, y San Benito sintiendo que había pasado el día en la virtud, y auscultando los movimientos interiores de la gracia, conjeturando con probabilidad que la noche sería tranquila, sentado en el atrio externo de esa gruta, miraba la puesta del

“Hijo mío, hay algo verdadero dentro de eso sin que puedas distinguir bien lo que es...”

Flávio Lourenço



sol y daba gracias a Dios, porque había sido un día más, aparentemente tan vacío para un hombre, pero en realidad tan lleno para él”. Entonces se visita un lugar de esos procurando hacer la recomposición.

Estos son imponderables que tal vez existan en el lugar por disposición de la Providencia, y que algunas almas tienen un don para pensar. Ellas tienen más disposición, más aptitud, tal vez un poco más de gracia que las otras. Es un lado. Pero también puede suceder que algunas almas sean más poéticas, y tengan el don de imaginar las cosas como fueron, y saben que están haciendo apenas una poesía, una irrealidad por la cual pueden saborear un poco la realidad que hubo.

Y muchas veces lo que se da es algo entrelazado: hay una poesía, una imaginación que se sabe que no es real, pero existe cualquier palpitar de la gracia que dice: “Hijo mío, hay algo verdadero dentro de eso sin que puedas distinguir bien qué es, saborea porque en medio de ese gusto existe el sabor de la verdad.”

Lógica, fuerza y calma

Analicemos, entonces, algunas fotos de Subiaco.

Ciertamente San Benito no vio esto. Por lo tanto, no forma parte del cuadro que tuvo ante sus ojos, porque fue construido después. Hombres llamados antes que nada para la vida religiosa vivieron aquí, atraídos por la gracia, con la certeza de que este lugar bendito les traía una participación en las enormes gracias que San Benito recibió.

Yo tantas y tantas veces he elogiado la ojiva; déjeme hacer un poco de elogio del arco románico. Se encuentran en la base cuatro arcos desiguales. El arco de la izquierda es más grande, y soporta solo una parte mayor del peso que viene de encima. Los dos arcos tendrán tal vez la mitad del tamaño del arco grande; cada uno sostiene un peso mucho menor del que soporta el arco mayor. Y en el extremo opuesto hay un arco que me parece ligeramente ojival, y que probablemente fue posterior. También pudo haber salido ojival más o menos por acaso, sin ninguna intención de los individuos de cultura románica que construyeron eso. Pero esos arcos románicos dan una idea de lógica, de fuerza, de

*...saborea
porque en
medio de ese
gusto existe
el sabor de
la verdad.”*

calma, que es muy bonita y no deja de tener su majestad.

El monasterio que está encima sería un edificio precario. Esta construido con tanta irregularidad que las

ventanitas, las pequeñas puertas hacen en la planta baja un zigzag, ora para arriba, ora para abajo que parece no tener finalidad ornamental. De la tercera ventana hacia la derecha hay una ventana suelta por el medio, y no se sabe bien por qué es tan grande; en fin, nada es bonito. No obstante, el conjunto tiene una belleza innegable, indefinible, que se siente en la situación de un monje benedictino paseando o rezando su Rosario en la terraza que queda encima de todos esos arcos.

*Vivir es mirar
al Cielo*

Imaginen un monje caminando solo,



High Contrast (CC3.0)



rezando y meditando sobre San Benito, en un episodio de la vida de Nuestro Señor, rezando el Rosario, meditando un hecho de la vida de Nuestra Señora. ¿Cómo habría San Benito meditado esos hechos? El Rosario aún no existía en su tiempo; fue revelado por Nuestra Señora en plena Edad Media, a Santo Domingo de Guzmán.

Pero vamos a imaginarnos a aquel monje yendo de un lado a otro, solo, y en aquella soledad donde no hay ningún ruido, porque no existe agricultura, no se ve pasar un hombre, un bicho, nada cambia, a no ser una arboleda en forma de caracol que, a veces, va por un césped escaso sobre una tierra fea y dura, y que parece que no sirve para nada. Es la negación de todo, el vacío, pero allí está un monje con grandes ideas, grandes consideraciones, fenómenos místicos de los cuales él tiene o no tiene conciencia y que lo unen enormemente a Nuestra Señora. Se diría que sus pasos hacen eco a los pasos de San Benito, y que esos arcos de abajo poseen algo de la lógica, de la fuerza simple, robusta y sin pretensión del alma de San Benito, el cual era un alma en arcadas así, me imagino yo.

Se ven dos montañas que se encuentran en la base, formando una especie de “V”, Alguien preguntaría, por curiosidad: “¿Qué hay más allá?” Hay otro vacío, árido,

inútil, sirviendo solo para ese algo también inútil, del cual vive la Tierra: la soledad. La soledad de los hombres llamados a la soledad. Más adelante se forma otra “V” y después otra “V”, y sólo se ven montes así. El hombre se siente perdido en la soledad, en la tierra árida, para él la vida no le reserva nada más. Vivir es mirar al Cielo: “*Pater noster qui es in coelis, sanctificetur nomen tuum...*”

Sin tener la certeza de lo que iba a nacer de allá, San Benito sentía que cualquier cosa de muy grande se jugaba en el Cielo.

La Cristiandad europea estaba naciendo

En el edificio de la izquierda hay un poco más de arquitectura. Hay un rosetón y un pequeño campanario contruidos mucho tiempo después, ciertos adornitos pobres y modestos, lo suficiente para, con los ecos del Ángelus en la aurora y en la puesta del sol, a las seis de la mañana y a las seis de la tarde, saludar a Nuestra Señora y hacer que esos ecos santifiquen aquellas soledades.

Noten aquellas montañas, ninguna de ellas baja de modo bonito, no tienen aquellas pendientes ni las desviaciones dulces de los montes de la Bahía de Guanabara, ni es amiga de la montaña siguiente. Esas son montañas agrestes yuxtapuestas por la mano de Dios, que no se conocen unas a las otras, parecen dilaceradas delante del cielo.

En otra fotografía vemos la gruta. Incómoda, soledad.

Debemos imaginarnos a San Benito sentado allá, leyendo un libro y pensando... Él no sabía, pero Europa estaba naciendo. Mucho mejor que Europa, la Cristiandad europea estaba surgiendo.

Él no tendría la menor idea de la cantidad de peregrinos que irían humildes, reverentes, a besar ese lugar. Pero cada peregrino que va al Monasterio de Subiaco lleva una pequeña gota de la gloria extrínseca para San Benito en el cielo.



Jorge A. A.

Jorge A. A.



Los Ángeles cantaban y los demonios rugían

Vemos un conjunto bien construido, que fue edificado después, con ojivas etc. Construido a legítimo título, pero nos da apenas un aspecto de la gloria de San Benito: hombres con llamados menos excepcionales que el de San Benito, pero atraídos por algo de su vocación. Y entonces comprendieron que la gracia los llamaba a tornar un poco menos yerto el aislamiento en aquel lugar, a vivir en grupo, pero en silencio y en edificios que amenizaban un poco la gruta. No obstante, no hacían desaparecer enteramente los imponderables de esa gruta; pues están construidos en esas grutas.

También se observan construcciones del mismo tipo, muy respetables, venerables, hasta están pintadas, etc., donde vivió el cortejo enorme de los hijos menos excepcionales, menos fuertes, más débiles, pero que Dios llamó para ser así, y que podrían encontrar –y muchos encontraron– su lugar en el Cielo, pues fueron canonizados, llevando la vida en esas condiciones –y no en las condiciones de San Benito–, y que estaban ahí porque querían respirar un poco el aire que San Benito respiró.

Yo admito como probable, tanto cuanto consigo pensar en esas cosas, que, sin tener la certeza de lo que iba a nacer allí, San Benito sentía que cualquier cosa de muy grande se jugaba en el Cielo, cada vez que él daba un paso ascendente en el camino de la fidelidad. Los Ángeles cantaban y los demonios rugían. Percibía todo el odio del demonio contra él y, por lo tanto, cuánta hostilidad y perjuicio le causaba al demonio, al resistir a las tentaciones astutas que, en todo momento y, de un modo tormentoso, el demonio lo asediaba.

La bandera que tremola al viento o cae a lo largo del mástil

Cuando San Benito se lanzó a unas espinas para aplacar su carne y, sintiendo dolor, lo desviasen del deseo que



la carne concebida en el pecado original, lo podría hacer consentir en el anhelo de la lascivia, del pecado impuro, aunque sin saber lo que sería todo esto, él sentía que había mucho más de lo que hacía. Y con esta particularidad interesante: tal vez la Providencia le diera no una certeza detallada –pan, pan; vino, vino–, sino grandes intuiciones, que pasaban por aquí y allá y le dejaban un fondo de certezas imprecisas, las cuales él no sabía interpretar bien. Y preguntaba: “¿Qué es esto? ¿Una gracia o una ilusión?” Pero que lo ayudaban a andar.

Yo digo esto porque en muchas vocaciones hay cosas de esas. En nuestra vida inclusive existe algo semejante: horas en que estamos como una bandera que tremola al



viento, es decir, sentimos la certeza del futuro y que realizamos algo enorme, extraordinario, haciéndonos fluctuar como una bandera al viento.

Hay momentos, por el contrario, en que el viento cesa y la bandera cae a lo largo del mástil. Y la persona piensa: “Ahora yo tengo que cuidar de la ropa de cama y de los manteles que van a la lavandería. Entonces voy a ver lo de la ropa sucia, para ayudar a proclamar el Reino de María... Godofredo de Bouillon, San Ignacio de Loyola, Santa Teresa ¿dónde estáis? Vosotros que hacíais cosas tan grandes y teníais certeza de la grandeza de lo que realizabais, aquí está este católico, bajo cierto punto de vista vuestro hijo – porque nosotros somos hijos de todos los hijos de la luz–, contando las piezas de ropa. Estoy viendo la servilleta sucia con vino que tal hermano mío derramó por descuido en la mesa;

Él sentía que tenía mucho más de lo que hacía, y tal vez la Providencia no le dio una certeza detallada, pero sí certezas imprecisas.

más adelante el mantel que está todo manchado porque tal persona dejó caer comida; estoy notando en nuestra vida cotidiana las miserias de cada uno en los manteles que van a la lavandería. ¿Y esto es la escalera de Jacob que lleva al Cielo?”

Una paradoja cruel que se resuelve en una ojiva sublime

Tengo certeza que un alma, contemplando aquellas montañas, pensaría en cosas análogas. Y se preguntaría si no es una gracia que San Benito está obteniendo para ella en el Cielo. En aquellos montes ásperos, sin césped, en aquella batalla de la naturaleza, en aquella inutilidad de lo que él hacía, en la paradoja constante del hombre, que por su natura-

leza es social, la gracia lo llama a vivir aislado. Eso no es una contradicción, sino una paradoja.

En esa paradoja, que yo no dudaría de llamar cruel –en el sentido en que el sacrificio de la Cruz fue cruel–, el hombre debe decir: En el fondo todo eso se resuelve en una ojiva sublime, tiene un sentido que yo comprenderé en el Cielo. Continuaré caminando, caminando. Y sé que, caminando así, contando las piezas de ropa y viendo las fallas morales en las manchas del mantel –son pequeñas fallas morales, pero a veces indicativas de algo mayor–, pidiendo a Dios que los perdone a ellos y a mí, a todos los que tienen esas fallas, y los haga subir a todos al Cielo, yo estoy preparando una gloria enorme para de aquí a doscientos años.

En las particularidades de nuestra vocación, sino de aquí a doscientos años, de aquí a doscientos días o dos-

Jorge A. A.



Jorge A. A.



Y sé que, caminando así, pidiendo a Dios que perdone y haga subir a todos al Cielo, yo estoy preparando una gloria enorme para de aquí a doscientos años.



cientos minutos, porque el día de la intervención de Nuestra Señora es incierto y podría venir de un momento a otro, como el esposo de la parábola de las vírgenes locas y de las vírgenes fieles del Evangelio. Las primeras se quedaron esperando, fueron fieles, y yo debo esperar que mi Dios llegue de un momento a otro y diga: “Hijo mío, la cárcel de la Revolución acabó.” Y si ese día demoró en llegar, yo no fui frustrado. Por el contrario, fui glorificado. Esperé mucho, pero no perdí la esperanza. La gloria me llega como una corona. ❖

(Extraído de conferencia de 18/11/1988)



Nuestra Señora
Reina – Catedral
de Lima, Perú

Omnipotencia suplicante

*M*ediante la Encarnación del Verbo en el seno purísimo de María, Dios, por un acto de su infinita bondad, creó los vínculos que lo ataron al género humano. Y Nuestra Señora, convirtiéndose en su Madre, pasó a ser también la Madre espiritual de todos los hombres.

En vista de esto, cuando Ella pide a su Divino Hijo por nosotros, es como una madre que intercede junto a un hijo en beneficio de otro hermano. Es imposible no atenderla. Por eso los teólogos atribuyen a Nuestra Señora el título de Omnipotencia Suplicante. En virtud de sus insondables perfecciones, Ella siempre es oída por Dios en sus súplicas a favor nuestro, y nos obtiene de Él aquello que, por nosotros mismos, no mereceríamos.

¡Cuántos ejemplos prueban esa solicitud incansable de María hacia los hombres! Se comprende, así, la importancia de la intercesión de Nuestra Señora, cómo ella alivia nuestra penosa existencia y llena de júbilo nuestras almas. Cómo sería lúgubre la vida de un católico si no fuese por la protección de la Virgen. Al contrario, cómo ella es leve, llena de esperanza, de perdón y de afecto materno, con la asistencia continua de María, ¡la Omnipotencia Suplicante!

(Extraído de conferencia de 21/9/1991)